

EL PRÍNCIPE

NICOLÁS MAQUIAVELO AL MAGNÍFICO LORENZO DE MEDICI,
HIJO DE PEDRO DE MEDICI

Los que desean alcanzar el favor de un príncipe suelen casi siempre empezar regalándole cosas de mérito o que sean de su gusto, como caballos, armas, telas de oro, piedras preciosas u otros objetos dignos de su grandeza.

Queriendo yo ofrecer a Vuestra Magnificencia algún testimonio de mi adhesión, no he encontrado entre cuanto poseo cosa de mayor valer ni más preciada que el conocimiento de los hechos de los grandes hombres; conocimiento que he adquirido por larga experiencia de los asuntos públicos de estos tiempos y no interrumpiendo estudio de la historia de la antigüedad.

Mis observaciones, atenta y cuidadosamente hechas, las concreto en este pequeño volumen que envío a Vuestra Magnificencia; y aunque juzgo la obra indigna de seros ofrecida, confío, sin embargo, en vuestra bondad para que sea aceptada, considerando que no puedo ofreceros mejor regalo que el de procurar sepáis en brevísimo tiempo cuanto yo he aprendido en tantos años y con tantas molestias y peligros.

No engalano esta obra con frases elocuentes, ni palabras pomposas, ni esos primores de estilo que muchos emplean para avalorar sus escritos, pues he querido que, o no tenga mérito alguno, o la hagan grata la gravedad del asunto y la verdad de las observaciones. Tampoco desco se juzgue presunción en hombre de humilde estado atreverse a dar reglas de conducta a los príncipes que gobiernan pueblos; porque así como los pintores de países desde la llanura pintan las montañas y desde los montes los valles y sitios bajos, de igual modo para comprender la índole del pueblo es necesario ser príncipe, y para conocer la de los príncipes conviene ser del pueblo.

Acoja Vuestra Magnificencia este pequeño obsequio con tan buena voluntad como es la mía al enviárselo; y si se digna leerlo

atentamente, verá en él mi deseo de que lleguéis a la grandeza que la fortuna y vuestras dotes personales prometen. Y si Vuestra Magnificencia, desde la altura en que está, se digna alguna vez dirigir una mirada a mi humilde posición, sabrá cuán míseramente sufro el grande y continuo rigor de la mala suerte.

Capítulo I

Cuántas clases hay de principados y por cuáles medios se adquieren

Los estados y soberanías que han tenido y tienen autoridad sobre los hombres, fueron y son, o *repúblicas* o *principados*. Los principados son, o hereditarios con larga dinastía de príncipes, o nuevos: éstos, o completamente nuevos, cual lo fue Milán para Francisco Sforza, o miembros reunidos al estado hereditario del príncipe que los adquiere, como el reino de Nápoles respecto al rey de España. Los estados así adquiridos o los gobernaba antes un príncipe, o gozaban de libertad; y se adquieren, o con ajenas armas, o con las propias, por caso afortunado o por valor y genio.

Capítulo II

De los principados hereditarios

Prescindiré de discutir ahora acerca de las repúblicas, por haberlo hecho ya ampliamente en otra ocasión.¹ Concretareme, pues, a los principados, y, ateniéndome a la clasificación hecha, diré cómo pueden ser conservados y gobernados.

Empiezo declarando que, en los estados hereditarios, habituados a la dinastía de sus príncipes, son mucho menores las dificultades para conservarlos que en los nuevos; basta sólo respetar la organización establecida por los predecesores y contemporizar con los acontecimientos, de suerte que, si el príncipe tiene mediana habilidad, regirá siempre su estado, a no impedirselo extraordinaria y excesiva fuerza; y aun así desposeído, lo recobrará al primer contratiempo

¹ En los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*.

que sufra el usurpador. Ejemplo de ello es en Italia el duque de Ferrara, que resistió los ataques de los venecianos en 1484 y del papa Julio II en 1510, solamente por su antigua soberanía en el ducado.

El príncipe hereditario tiene menos necesidad y motivo para vejar a sus súbditos, y, por tanto, debe ser más amado; siendo natural y justo que éstos le quieran cuando por extraordinarios vicios no se hace aborrecible. La misma antigüedad y continuación del dominio apagan los deseos y aminoran los motivos de las innovaciones; porque toda mudanza deja cimientos para nuevo cambio.

Capítulo III

De los principados mixtos

Encuéntranse, pues, los mayores inconvenientes en los principados nuevos. Cuando no son completamente nuevos, sino miembros incorporados a otra soberanía, la cual puede en tal caso denominarse mixta, los cambios nacen primeramente de una dificultad natural y común a todos los principados nuevos; porque, creyendo mejorar, mudan de buen grado los hombres de señor, y esta creencia les hace empuñar las armas contra el gobernante; en lo cual se engañan, pues la experiencia les enseña después que han empeorado.

Depende esto de otra necesidad natural y ordinaria que obliga siempre al príncipe a vejar a sus nuevos vasallos, o con la permanencia de tropas, o con las otras infinitas molestias que acarrea la conquista. De esta suerte resultan ser enemigos todos aquellos a quienes la ocupación del principado perjudica, no continúan siendo amigos los que le dieron el señorío, por la imposibilidad de realizar las esperanzas que habían concebido y la precisión en el señor de emplear contra ellos, estándoles obligado, medidas violentas pues por fortísimo ejército que tenga un príncipe, necesita la buena voluntad de los habitantes para ocupar un estado. Por estos motivos el rey de Francia Luis XII perdió al estado de Milán tan rápidamente como lo había ganado: bastando la primera vez para arrojarle de él las tropas de Luis Sforza, porque a los mismos pueblos que le habían abierto sus puertas y que vieron frustradas sus esperanzas del bienestar que aguardaban, se hizo insufrible el nuevo príncipe.

Verdad es que, reconquistados los países que se rebelan, es más difícil perderlos, porque la rebelión da motivos al señor para emplear con menos reparo los medios de asegurar su poder, castigando a los delinquentes, vigilando a los sospechosos y atendiendo a proveer los sitios menos fuertes. Por ello si para hacer perder a Francia el ducado de Milán bastó la primera vez que un duque Sforza alborotase en los límites del ducado, para que lo perdiese la segunda, preciso fue a éste el concurso de todo el mundo, a fin de rechazar a los ejércitos franceses y arrojarlos de Italia. La diferencia proviene de los motivos antes expuestos.

Pero la segunda, como la primera vez, fue lanzado de Milán su nuevo señor. Indicadas están las causas generales por las cuales perdió el ducado la primera; resta explicar las que la segunda ocasionaron igual efecto y los remedios que el rey de Francia tenía a mano, y tiene cualquiera que en su caso se encuentre, para mantenerse en la tierra conquistada, no perdiéndola como la perdió el monarca francés.

Digo, pues, que los estados que al ser conquistados se unen a otro estado antiguo del conquistador, o son de la misma comarca y de la misma lengua, o no lo son. En el primer caso se conservan con gran facilidad, sobre todo si no están acostumbrados a vivir libres. Para poseerlos seguramente, basta la extinción de la dinastía de príncipes que antes tuvieron, porque manteniéndolos en todo lo demás en las antiguas condiciones y no imponiéndoles novedad en las costumbres, viven los hombres quietamente. Así ha sucedido, según se ve, con Borgoña, Bretaña, Gascuña y Normandía, unidas a Francia hace tanto tiempo; pues aunque haya alguna diferencia en la lengua, las costumbres son semejantes y fácilmente pueden conciliarse.

Quien adquiere y desea conservar esta clase de estados, necesita la realización de dos condiciones: una, que la dinastía del antiguo príncipe se extinga; otra, no alterar las leyes ni los tributos: de tal modo forman los nuevos estados con el antiguo en brevisimo tiempo una sola nación.

Pero cuando se conquistan estados en una comarca distinta en lengua, costumbres y régimen, las dificultades son numerosas y se necesitan gran fortuna y grandísimo talento para conservarlos. Uno de los mayores y más eficaces medios de conseguirlo consiste en que el conquistador traslade su residencia a la tierra conquistada. Esto hará la posesión más segura y duradera. Así lo hizo el turco en Grecia, que, a pesar de todas las precauciones tomadas para conservar dicho estado, no lo hubiera conseguido sin acudir a habitarlo. Viviendo en el país conquistado se ven nacer los desórdenes, y pronto pueden remediarse; pero no estando en él, se saben cuando son ya grandes y no tienen remedio. Además, la provincia sometida no pueden expoliarla los gobernadores que en ellas pongas, y si lo intentan, satisface a los súbditos la inmediata apelación al príncipe, con lo cual tienen más motivos para amarle, si quiere ser bueno, y si no, para temerle. La permanencia del conquistador en el pueblo conquistado impone también respeto a los extranjeros que quisieran ocuparlo, siendo, cuando vive en él, muy difícil que lo pierda.

Otro medio excelente de conservación de conquistas es mandar colonias a una o dos plazas que sean llaves del estado, porque, de no hacerlo, preciso es tener en él numerosas tropas de a pie y de a caballo. Las colonias no son costosas al príncipe: con poco o ningún gasto las envía y mantiene, perjudicando sólo con ellas a los que quita casas y campos, que son mínima parte de la población, para darlas a los nuevos habitantes. Dispersos y empobrecidos los perjudicados, ningún daño pueden hacer, y los demás, por no haber sido ofendidos y por temor a ser, como los otros, despojados y disper-

sados, fácilmente se aquietan. En suma, estas colonias no son costosas, son más fieles, dañan poco, y los maltratados, por quedar pobres y dispersos, no pueden, como he dicho, ocasionar trastornos. Téngase muy en cuenta que a los hombres se les debe ganar, o imposibilitarles de causar daño, porque de las pequeñas ofensas se vengan, pero no de las grandes; por ello el agravio que se les haga debe ser de los que no permitan tomen venganza.

Si en vez de colonias se tiene fuerza armada, el gasto es mayor, costando la guarda del nuevo estado el importe de sus rentas; de suerte que la conquista se convierte en pérdida para el conquistador, y los perjuicios por las marchas y alojamientos de tropas alcanzan a todos los habitantes, convirtiéndoles en peligrosos enemigos el estar, aunque vencidos, en sus casas. Tales razones prueban la inutilidad de la custodia armada y la ventaja de las colonias.

El poseedor de una provincia conquistada procure ser jefe y protector de sus vecinos más débiles e ingeniarse para debilitar a los más poderosos, y sobre todo impedir que por motivo alguno intervenga en los asuntos de vecindad un extraño tan fuerte como él, porque por ambición o miedo le llamarán los descontentos, como los etolios llamaron a los romanos a Grecia y como les llamaron también los habitantes de otras provincias donde entraron.

Cuando invade un extranjero poderoso una comarca, lo ordinario es que se pongan de parte del invasor los estados menos fuertes, por envidia al que antes dominaba, y sin gastos ni esfuerzos el extranjero conserva la adhesión de estos pequeños estados que de buen grado forman un solo cuerpo con el conquistado. El conquistador en tal caso cuidará solamente de no dejar a éste adquirir demasiada fuerza y autoridad, pudiendo con sus propios recursos y con el auxilio de los pequeños estados, adheridos voluntariamente, abatir a los poderosos y mantenerse dueño de todo el país. Quien no acuda a tales medios pronto perderá la conquista, multiplicándose los obstáculos y las dificultades mientras la tenga en su poder.

Éste fue el sistema de los romanos en las provincias conquistadas: fundaban en ellas colonias, protegían a los estados débiles sin aumentar su poder disminuían el de los fuertes y no permitían que en dichas provincias ganara crédito ningún poderoso extranjero. Sirva de ejemplo la provincia de Grecia, donde empezaron apoyando a los aqueos y a los etolios, dominaron después el reino de Macedonia y arrojaron a Antioco; pero ni los méritos de los aqueos y etolios les indujeron nunca a ensanchar sus estados, ni las persuasiones de Filipo a aceptarle por amigo sin aminorar su influencia, ni el poder de Antioco a consentir que en aquella provincia tuviese dominio alguno. Los romanos hicieron entonces lo que todo príncipe sabio debe hacer, no cuidar sólo de las dificultades presentes, sino de las futuras y del modo de vencerlas; porque previendo las lejanas, fácilmente pueden ser remediadas, y esperando a que ocurran, no llega a tiempo la medicina, por ser ya incurable la dolencia. Sucede, pues, en esto lo que dicen los médicos de la tisis; que, al principio, tan fácil es curarla como difícil conocerla; pero con el tiempo, inadvertida y no curada al empezar, todos la conocen y ninguno la remedia.

Lo mismo ocurre en los negocios de estado; cuando se prevén los peligros (y éste es el privilegio de los prudentes), pronto se conjuran; pero si, desconociéndolos, se les deja crecer de modo que nadie los advierta, son irremediables. Previsores los romanos, los conjuraron siempre antes de que aumentaran, aun a costa de una guerra, pues sabían que las guerras no se evitan por diferirlas, y si se diferían, es en provecho del enemigo. Con Filipo y Antíoco pelearon en Grecia para no tener que luchar más tarde contra ambos en Italia. Fácil les era entonces eludir la guerra, pero no quisieron, ni hicieron nunca caso de la tan repetida máxima de sabios de nuestros días de que *conviene ganar tiempo*, sino de los consejos del valor y de la prudencia; porque el tiempo todo lo oculta y con él llegan lo mismo las prosperidades que los infortunios.

Pero volvamos a Francia, para ver si de las cosas dichas hizo alguna. No hablaré de Carlos VIII, sino de Luis XII, por ser más larga la dominación de éste en Italia y de mayor espacio para estudiar sus procedimientos. Veréis cómo hizo lo contrario de lo que debía para conservar un estado distinto del suyo.

Trajo al rey Luis a Italia la ambición de los venecianos, quienes deseaban, valiéndose del monarca francés, adquirir la mitad de la Lombardía. No censuro la entrada del rey ni el partido que tomó. Deseoso de sentar pie en tierra italiana y careciendo en ella de amigos, porque el mal comportamiento del rey Carlos le había cerrado todas las puertas, vióse en la precisión de aceptar la amistad ofrecida, y de no cometer errores en los demás asuntos, fuera su empresa coronada del mejor éxito.

Conquistada la Lombardía, pronto ganó el rey la reputación que Carlos había perdido. Génova cedió; hiciéronse amigos los florentinos, y con ellos el marqués de Mantua, el duque de Ferrara, los Bentivoglio, la condesa de Forli y los señores de Faenza, Pésaro, Rimini, Camerino, Piombino, Luca, Pisa y Siena. Entonces pudieron advertir los venecianos cuán temeraria fue su determinación de adquirir dos plazas en Lombardía a cambio de hacer señor de las dos terceras partes de Italia al rey de Francia. Cualquiera comprende la facilidad con que el rey pudo conservar su dominación observando las reglas antedichas y tener seguros y defendidos tantos amigos que, por ser muchos y débiles, y temerosos unos del Pontificado y otros de los venecianos necesitaban su apoyo y le ayudaban a contrarrestar la influencia de los estados más poderosos.

Pero al llegar a Milán hizo lo contrario, pues ayudó al papa Alejandro para que ocupase la Romaña, sin tener en cuenta que así enflaquecía su fuerza privándose de amigos y de los que se habían arrojado en sus brazos, y aumentaba la influencia de la iglesia, añadiendo al poder espiritual, que le daba ya tanta fuerza, el temporal de un estado tan considerable. Cometido este primer error, vióse obligado a seguir por el mal camino, hasta que, para poner dique a la ambición de Alejandro e impedirle llegar a ser señor de Toscana, tuvo que volver a Italia.

Y no le bastó engrandecer a la iglesia privándose de amigos, sino que, ambicionando el reino de Nápoles, lo dividió con el rey

de España, de suerte que, siendo árbitro absoluto de Italia, llevó un rival para que los ambiciosos y los descontentos de él tuvieran donde acogerse. En vez de mantener en Nápoles un rey tributario suyo, le echó de allí y llamó a quien pudiera echarle a él.

No hay ciertamente ambición más natural que la de adquirir, y cuando la satisfacen los hombres que tienen poder para ello, son más dignos de elogio que de censura; pero si intentan realizarla sin fuerza propia y de cualquier modo, sigue a su error el vituperio. Si el rey de Francia podía con sus propias fuerzas ocupar el reino de Nápoles, debió hacerlo; y si no podía, no debió dividirlo. La división de la Lombardía con los venecianos merecía excusa, porque motivó su entrada en Italia; pero no la de Nápoles, que ninguna necesidad justificaba.

Cometió, pues, el rey Luis cinco errores: aniquilar la influencia de los estados pequeños, acrecer la de los grandes, llevar a Italia un extranjero potentísimo, no establecer allí su corte y no fundar colonias, errores que acaso no perjudicaran durante su vida la dominación francesa si no hubiese cometido el sexto, que fue despojar de sus posesiones a los venecianos. No engrandeciendo el poder de la iglesia, ni trayendo los españoles a Italia, atinado y necesario era humillar el poder de Venecia; pero, hecho aquello, no debió consentir la ruina de ésta. Manteniéndose Francia y Venecia poderosas, siempre hubieran impedido a los demás la conquista de Lombardía, porque ni los venecianos consintieran allí otra dominación que la suya ni nadie intentara quitársela a Francia para darla a Venecia, ni ninguno se atreviera a luchar contra ambos Estados.

Si alguien objetara que el rey Luis cedió a Alejandro VI la Romaña y a España el reino de Nápoles por evitar una guerra, contestaré reproduciendo lo que antes dije, de que no se debe permitir la continuación de un desorden por evitar una guerra, porque no se evita, sino se dilata con perjuicio propio. Y el que alegara la promesa del rey al Papa de ayudarle en la conquista de la Romaña a cambio de quitar todo impedimento a su matrimonio¹ y de dar el capelo al cardenal de Rohan, encontrará mi contestación en lo que diré más adelante acerca de la fe de los príncipes y de cómo deben guardarla.

Perdió, pues, el rey Luis la Lombardía por no cumplir ninguna de las reglas observadas por cuantos adquirieron provincias con deseo de conservarlas en su poder, suceso no milagroso, sino muy racional y ordinario. De este asunto hablé en Nantes con Rohan, cuando el duque Valentino (así llamaban vulgarmente a César Borja, hijo del papa Alejandro), ocupaba la Romaña. Decíame el cardenal de Rohan que los italianos no entendíamos de asuntos de guerra, y le respondí que los franceses, en cambio, no entendían de negocios de estados, pues, de lo contrario, no permitirían a la soberanía pontificia llegar a tanta grandeza. La experiencia ha demostrado que Francia fue causante de que creciera el poder en Italia de la Santa Sede y de España, y de este crecimiento procedió su ruina.

¹ Con Ana de Bretaña, para unir este estado a su corona.

De aquí se deduce una regla general que nunca o rara vez falla, cual es que quien ayuda a otro a engrandecerse trabaja en daño propio, porque el auxilio se lo presta, o con su fuerza o con su habilidad, y ambos medios infunden sospechas a quien llega a ser poderoso.

Capítulo IV

Por qué el reino de Darío, conquistado por Alejandro, no se rebeló, muerto éste, contra sus sucesores

Teniendo en cuenta las causas que dificultan conservar una nación recién conquistada, maravillará a alguno que el imperio de Asia, sometido en pocos años al poder de Alejandro Magno, muerto éste al poco tiempo de dominarlo, no se insurreccionara, como parecía natural sucediese al desaparecer el conquistador, sino que continuara en poder de sus sucesores sin otros inconvenientes para ellos que los nacidos de sus peculiares ambiciones. A esto contestaré que todos los principados de que se tiene memoria se han gobernado de uno de los dos modos siguientes: o por un príncipe, siendo los demás habitantes siervos y escogiendo entre ellos libremente el soberano, los ministros que le ayudan a gobernar el reino, o por un príncipe y una clase aristocrática que, no por concesión real, sino por su antigua estirpe, ocupan elevada posición social. Estos grandes tienen estados y vasallos propios que les reconocen por señores y les son particularmente adictos.

En los estados donde sólo gobierna un príncipe y los demás son siervos, tiene el primero mayor autoridad, porque todos los habitantes le reconocen como único señor; y si obedecen a otros es por ser ministros o gobernadores, sin tenerles particular afecto. Ejemplos de esta diversidad de gobiernos los encontramos en nuestros días en Turquía y en Francia. Toda la monarquía turca la gobierna un solo señor; los demás son siervos, y dividiendo su reino en provincias, envía a ellas gobernadores y administradores que muda y varía a su capricho. El rey de Francia está rodeado de multitud de nobles que tienen súbditos sumisos y obedientes, nobles con prerrogativas y preeminencias de que no puede privarles el rey sin peligro propio.

Quien examine bien ambas formas de gobierno encontrará mayores dificultades para conquistar el reino de Turquía: pero, vencido, mayor facilidad para conservarlo. Las dificultades naen de que no puede esperar el conquistador ni llamamiento de sublevados ni rebeliones de los magnates del reino que auxilien su empresa, por la organización especial de tales estados. En efecto: siendo todos los habitantes esclavos sumisos a un señor, no es fácil corromperlos; y, aun consiguiéndolo, nada útil resultaría, porque no pueden arrastrar en pos de sí al pueblo, a causa de las razones expuestas anteriormente. El que ataque, pues, a los turcos, debe esperar encontrarles unidos y le conviene fiar el triunfo en su propia fuerza, no en las divisiones de los adversarios; pero una vez vencidos y derrotados de modo que no puedan rehacer sus ejércitos, ya no tiene que preo-

cuparse más que de la dinastía del príncipe. Extinguida ésta, nadie queda temible, no teniendo los demás personajes reputación en los pueblos, de los cuales nada podía esperar el vencedor antes de la victoria, ni temer después de ella.

Lo contrario ocurre en estados gobernados como el de Francia. Con facilidad pueden ser invadidos ganando a algunos magnates del reino, que siempre hay entre ellos descontentos y deseosos de innovaciones. Éstos, por las razones ya dichas, pueden abrir camino a la invasión y facilitar la conquista, que sólo se conservará venciendo infinitas dificultades originadas por los auxiliares y por los vencidos. No bastará extinguir la dinastía del príncipe, porque los magnates promoverán nuevas conspiraciones, y no pudiendo contentar a todos ni acabar con ellos, por cualquier imprevista causa se pierde la conquista.

El gobierno de Darío, si se estudia bien, resulta semejante al de Turquía. Necesitó, pues, Alejandro empezar invadiéndolo y destrozando sus fuerzas por todas partes para que no le quedaran medios de defensa; pero, conseguida esta victoria y muerto Darío, quedó el reino, por las razones dichas, en segura posesión del conquistador. Si sus sucesores hubiesen estado unidos, la gozaran tranquilamente, pues no hubo en aquel reino otras perturbaciones que las suscitadas por ellos.

Pero los estados organizados como Francia no se poseen con tanta quietud. Las continuas rebeliones en España, en las Galias y en Grecia contra los romanos, nacían de la multitud de reyezuelos o jefes que había en estas comarcas. Mientras subsistieron fue insegura la dominación romana en dichos pueblos; pero una vez extinguidos y olvidada su existencia, las fuerzas de los romanos y la continuidad de su dominación les hicieron tranquilos poseedores de estas provincias, hasta el punto de combatir entre sí dentro de ellas y contar cada partido con mayor o menor auxilio, según la autoridad que hubiera ejercido en ellas, pues habiendo desaparecido los antiguos señores territoriales, no obedecían más que a los romanos.

Fijando la atención en las diferencias dichas se comprenderá la facilidad con que Alejandro mantuvo en su poder el imperio de Asia y las dificultades con que han tropezado Pirro y otros para conservar sus conquistas, cosa que no debe atribuirse a la mayor o menor virtud y capacidad del conquistador, sino al régimen de gobierno de los países conquistados.

Capítulo V

312 **Cómo han de ser gobernadas las ciudades o los reinos que, antes de su conquista, se regían por leyes propias**

Cuando los estados que se adquieren están acostumbrados a vivir libres y regirse por sus propias leyes, hay tres modos de conservarlos: primero, destruirlos; segundo, trasladar a ellos la resi-

dencia; tercero, dejarlos gobernarse con sus propias leyes, mediante un tributo, y organizando un gobierno de pocas personas que lo mantengan adicto, porque creado este gobierno por el príncipe, sabe que no puede existir sin su amistad y su poder, y hará todo lo posible por conservar la adhesión. Éste es el medio mejor para mantener la dominación en una ciudad habituada a régimen liberal.

Los espartanos y los romanos ofrecen ejemplos de los tres citados modos de conservar las conquistas. Los primeros gobernaron en Atenas y en Tebas, creando en cada una de ellas un gobierno de pocos ciudadanos. A pesar de esto las perdieron; los segundos, para asegurar la posesión de Capua, Cartagena y Numancia, las destruyeron y no las perdieron. Quisieron gobernar la Grecia casi lo mismo que los espartanos, dejándola en libertad de regirse por sus leyes, y fracasó su intento, viéndose obligados a destruir muchas ciudades de esta provincia para mantenerla en su poder, porque, en verdad, éste es el medio más seguro de posesión. Quien se apodera de una ciudad acostumbrada a gozar de su libertad y no la destruya, debe esperar ser destruido por ella, pues siempre tendrá como bandera de rebelión la libertad y su antiguo régimen, que ni el transcurso del tiempo ni los beneficios hacen olvidar. Hágase lo que se haga y cualquiera que sea la precaución que se tome, si no se distribuyen o dispersan los habitantes, ni el nombre de libertad, ni el régimen liberal se borran de la memoria, y a ellos acuden en cualquiera ocasión. Así lo hizo Pisa después de estar sometida tantos años a Florencia.

Pero cuando la ciudad o la provincia están habituadas a vivir bajo la dominación de un príncipe y su dinastía se extingue, acostumbradas a la obediencia y privadas del antiguo soberano, ni saben ponerse de acuerdo para elegir uno nuevo, ni vivir en libertad; de suerte que hasta su misma lentitud en acudir a las armas facilita a cualquier príncipe conquistarlas y conservarlas en su poder.

En las repúblicas hay, al contrario, más vitalidad, más odio, mayor deseo de venganza; el recuerdo de la antigua libertad atormenta constantemente su memoria, de modo que el medio más seguro es destruirlas o trasladar a ellas la residencia.

Capítulo VI

De los estados que el conquistador adquiere con su esfuerzo y sus propias armas

A nadie debe llamar la atención que en lo que voy a decir de los principados completamente nuevos, del príncipe y del estado ponga ejemplos de eminentes personajes, porque caminan casi siempre los hombres por vías que otros abrieron e imitan a éstos en sus acciones; pero como no se anda todo el camino ni se llega a la altura del que se toma por modelo, las personas sensatas harán bien en seguir hasta el fin el sendero de los grandes hombres, tan dignos de ser imitados, para asemejárseles en algo, si no consiguen

igualarles, haciendo lo que los arqueros prudentes, que, si creen muy lejano el punto de mira y conocen bien la fuerza de su arco, apuntan a mayor altura, no para dar en punto más elevado del blanco, sino para tocarle.

Digo, pues, que en los principados completamente nuevos tropieza el príncipe con más o menos dificultades para conservar su poder, según el mérito mayor o menor del conquistador; y como el llegar de particular a príncipe supone ya talento o fortuna, parece natural que una u otra de estas condiciones anulen muchas dificultades. Sin embargo, los que han contado menos con la fortuna conservaron más tiempo su poder. Aumenta la facilidad de conseguirlo que el príncipe esté obligado, por no tener otros estados, a habitar en el recién adquirido.

Pero viniendo a los que por sus personales dotes, y no por la fortuna, han llegado a ser príncipes, digo que los más notables son Moisés, Ciro, Rómulo, Teseo y otros semejantes; y aunque de Moisés no debiera hablarse por haber sido mero ejecutor de lo dispuesto por Dios, merece admiración porque le eligió Dios para comunicarle sus órdenes.

Si examinamos atentamente la conducta de Ciro y de los otros fundadores de reinos, advertiremos que es digna de todo elogio, y que sus determinaciones públicas y actos privados se asemejan a los de Moisés, que tuvo tan grande maestro. Bien estudiadas su vida y acciones, se verá que la fortuna sólo debieron la ocasión favorable para establecer la forma de gobierno a su juicio más conveniente. Sin la ocasión, su talento y virtud fueran inútiles, y sin sus cualidades personales la ocasión llegara en vano.

Fue, pues, necesario a Moisés encontrar al pueblo de Israel esclavo y oprimido en Egipto, para que, deseoso de sacudir la servidumbre, decidiera seguirle. Convino a Rómulo que nadie le criara en Alba y que le abandonaran al nacer para llegar a ser rey de Roma y fundador de aquella nueva patria. Se necesitaba que Ciro encontrara a los persas descontentos de la dominación de los medos, y a los medos débiles y afeminados por una larga paz. No hubiese podido Teseo mostrar su valor si no encontrara a los atenienses dispersos. Tales ocasiones proporcionaron a estos grandes hombres el buen éxito de sus empresas, y su genio las aprovechó para la felicidad y prosperidad de su patria.

Los que por tales caminos llegan a ser príncipes, conquistan el principado con dificultad, pero con facilidad lo conservan. Lo primero nace en parte de los cambios y nuevas leyes que se ven precisados a establecer para fundar y afianzar su dominación. Debe tenerse en cuenta que no hay cosa más difícil de realizar, ni de más dudoso éxito, ni de mayor peligro para manejarla, que el establecimiento de grandes innovaciones, porque el legislador tiene por enemigos a cuantos vivían bien con el régimen anterior, y sólo encuentra tímidos defensores entre los favorecidos con el nuevo, timidez producida en parte por miedo a los adversarios, a quienes son útiles las antiguas leyes, y en parte por la natural incredulidad de los hombres, que no se convencen de que una cosa nueva es buena

hasta que no se lo demuestra la experiencia. De aquí procede que los adversarios de las innovaciones forman partido para combatir las en ocasión propicia, y los que las defienden lo hacen flojamente; de suerte que unos y otros ponen en peligro el nuevo régimen.

Preciso es, para tratar la cuestión a fondo, examinar si los innovadores lo son por propia iniciativa o tienen quien les apoye; es decir, si para ejecutar su empresa necesitan apelar a la persuasión o pueden emplear la fuerza, porque en el primer caso fracasarán siempre sin conseguir cosa alguna; pero si son independientes y pueden apelar a la fuerza, rara vez peligrarán. De esto nace que todos los profetas armados hayan triunfado, y fracasado todos los inermes.

Además de las razones expuestas, el carácter de los pueblos es tan voluble, que fácilmente se les persuade de una cosa; pero difícilmente persisten en ella, conviniendo organizar el régimen de modo que, cuando no la crean, se les pueda hacer creer por fuerza Moisés, Ciro, Teseo y Rómulo no hubieran logrado, estando desarmados, que sus instituciones duraran largo tiempo, como en nuestros días ha sucedido a fray Jerónimo Savonarola, cuyas reformas fracasaron tan pronto como la muchedumbre empezó a no creerle, por no tener medios coercitivos para obligarla a persistir en sus opiniones, ni para convencer a los incrédulos. Quienes los tienen tropiezan ciertamente a cada paso con grandes dificultades y peligros; pero cuando los vencen y empiezan a ser respetados, después de deshacerse de cuantos les envidiaban, permanecen poderosos, seguros, honrados y felices.

A los ejemplos de los grandes hombres citados, añadiré el de uno no tan preclaro, pero que tiene con los precedentes alguna semejanza y hace innecesarios otros muchos que pudiera citar. Me refiero al siracusano Hierón, que de particular llegó a ser príncipe de Siracusa y no debió a la fortuna más que la ocasión. Oprimidos los siracusanos, le eligieron capitán, y por sus méritos le hicieron príncipe; y tan virtuoso fue, aun en la vida privada, que cuantos han escrito de él aseguran no le faltó para reinar más que el reino. Deshizo la milicia antigua, organizó la nueva, renunció a las antiguas alianzas, pactó otras, y como tuvo buenos amigos y fieles soldados, fácil le fue edificar sobre tales cimientos; de modo que lo adquirido con gran trabajo, sin esfuerzo alguno pudo conservarlo.

Capítulo VII

De los principados nuevos que se adquieren con fuerzas ajenas o por caso de buena fortuna

315

A los particulares que únicamente a la fortuna deben el llegar a ser príncipes, cuésta les poco trabajo ascender, pero mucho el mantenerse: suben sin ningún obstáculo y llegan pronto; pero, al

llegar, empiezan los inconvenientes. Se encuentran en tal caso aquellos a quienes se da un estado, o por dinero, o por favor de quien lo concede. Así sucedió a muchos que Dario, para su seguridad y fama, hizo príncipes en Grecia, en las ciudades de la Jonia y del Helesponto; tales fueron los particulares puestos por la corrupción de los soldados en el trono imperial de Roma. Estos no se mantienen más que por la voluntad y la fortuna de quienes los elevan; dos fundamentos inestables y transitorios, y ni saben, ni pueden conservar su rango: no saben, porque, a menos de ser hombres de genio y valor, no es probable que, habiendo vivido siempre como particulares, sepan mandar; no pueden, porque carecen de fuerzas que les sean amigas y fieles. Además, (los estados que se organizan de pronto, como todas las cosas de la naturaleza que nacen y crecen rápidamente, no arraigan y se consolidan de modo que resistan al primer viento contrario; salvo, como he dicho, cuando los que de pronto llegan a ser príncipes tienen tan superiores dotes, que también de pronto se adiestran para conservar lo que la fortuna ha puesto en sus manos y siempre que, después de ser príncipes, busquen y encuentren los fundamentos que otros procuran adquirir antes de llegar a serlo.

De estas dos maneras de ascender a príncipes, o por genio, o por fortuna, citaré dos ejemplos de nuestros días, los de Francisco Sforza y César Borja. El primero por medios legítimos y con grande habilidad, llegó de particular a ser duque de Milán, y el ducado que con mil trabajos había conseguido, con muy pocos esfuerzos lo conservó. César Borja, llamado vulgarmente el duque Valentino, conquistó la Romaña por la posición de su padre, y cuando murió éste la perdió, a pesar de haber empleado todos los medios y hechos cuantas cosas puede hacer un hombre prudente para afianzar su dominación en el estado que las armas y la fortuna ajena le habían concedido. Porque, como antes se ha dicho, quien no afirma previamente los fundamentos de su autoridad, podrá afirmarlos después si tiene gran genio; pero será con trabajo para el arquitecto y peligro para el edificio. Si se examina la conducta del duque, veráse cuán firmes cimientos puso a su futuro poder, y no es superfluo examinarla, porque yo no sabré dar mejores preceptos a un príncipe nuevo que la imitación de sus actos. Si fracasó en la empresa no fue por culpa suya, sino por extraordinaria y extrema malignidad de la fortuna.

316 Luchaba Alejandro VI con grandes obstáculos presentes y futuros para hacer a su hijo soberano en Italia. En primer lugar, no podía darle señorío de ningún estado que no perteneciera a la Iglesia, y si le daba alguno de éstos sabía que, ni el duque de Milán, ni los venecianos, se lo consentirían, porque Faenza y Rimini estaban ya bajo la protección de Venecia. Veía además los ejércitos de Italia, y especialmente aquellos de que podía servirse en manos de los que tenían su engrandecimiento, y no cabía fiar en ellos, por estar en poder de los Orsini, los Colonnas y sus secuaces. Era, pues, necesario para dominar con seguridad algunos estados italianos, acabar con aquel orden de cosas y alterar el modo de ser de dichos estados, lo cual no le fue difícil, porque los venecianos, movidos por otras razones, habían traído de nuevo a los franceses a Italia, cosa

que, lejos de impedir, facilitó, anulando el primer matrimonio del rey Luis. Pasó, pues, este rey a Italia con ayuda de los venecianos y consentimiento de Alejandro, y apenas estuvo en Milán dio tropas al Papa para la empresa de la Romaña, que pudo ocupar por la reputación de las armas del rey de Francia. Conquistó, pues, César Borja la Romaña, y batió a los Colonnas; pero tropezaba con dos inconvenientes para conservar y ensanchar sus conquistas: uno, la poca confianza que tenía en sus tropas; otro, la voluntad de Francia; es decir, temía que los Orsini, de quienes se había servido, le faltaran al mejor tiempo, no sólo impidiéndole continuar las conquistas, sino quitándole lo conquistado, y que el rey de Francia hiciera lo mismo. De los Orsini ya tuvo alguna sospecha cuando, después de la toma de Faenza, atacó a Bolonia, por lo débilmente que contribuyeron a este ataque; y del ánimo del rey no tuvo duda cuando, después de apoderarse del ducado de Urbino, invadió la Toscana, de cuya empresa le hizo desistir Luis XII; por todo lo cual determinó no depender de la fortuna y de las armas ajenas.

Empezó debilitando los partidos Orsini y Colonna en Roma y atrayendo a su causa a los nobles que en ellos figuraban, dándoles dinero, honores o gobiernos, según la condición de cada uno; de suerte que a los pocos meses habían olvidado sus antiguas afecciones y eran completamente adictos al duque. Después esperó la ocasión de acabar con los Orsini, porque ya había dispersado a los Colonnas, ocasión que llegó oportunamente y aprovechó por completo; porque comprendiendo ya tarde los Orsini que el poder del duque y de la iglesia eran su ruina, celebraron una junta en Magione del Perusino, de la cual resultaron la rebelión de Urbino, los tumultos de la Romaña y multitud de peligros para el duque, que pudo vencer con auxilio de los franceses. Libre de estas dificultades, no quiso fiarse de las tropas francesas ni de ninguna otra fuerza extraña, y, para no arriesgar nada, acudió a la astucia, disimulando tan bien sus intentos, que los Orsini se reconciliaron con él, por mediación de señor Pablo, a quien, para ganarlo, hizo toda clase de obsequios, regalándole vestidos, dinero y caballos, siendo los otros tan torpes que acudieron a ponerse en sus manos en Sinigaglia. Exterminados estos jefes y convertidos sus partidarios en amigos del duque, afianzó éste su poder, teniendo toda la Romaña con el ducado de Urbino y procurándose la buena voluntad de aquellos pueblos, por gozar entonces de un buen gobierno. Y como esta última parte es digna de ser conocida e imitada, no la pasaré en silencio.

Cuando César Borja se apoderó de la Romaña la gobernaban muchos pequeños príncipes, más afanosos de robar a sus súbditos que de gobernarlos, de desunirlos que de hacerles vivir en paz. Abundaban, pues, en aquella provincia los latrocinios y la infestaban las facciones, que se entregaban a toda clase de excesos. Juzgó el duque necesario, para restablecer el orden y someterla a la autoridad del príncipe, establecer un gobierno fuerte, y nombró gobernador a Ramiro d'Orco, hombre cruel y expedito a quien dio plenas facultades. Este gobernador pacificó la Romaña en poco tiempo, concilió los partidos y con ello adquirió gran fama. Después creyó el duque innecesaria una autoridad tan ilimitada, por sospechar que llegaría

a ser odiosa, y creó un tribunal civil en el centro de la provincia, presidido por persona reputadísima, y al cual debía enviar cada ciudad su procurador o abogado. Comprendiendo, además, que la anterior severidad le podía haber hecho en cierto modo odioso, para vindicarse completamente a los ojos de aquellos pueblos y ganarse su voluntad en absoluto, quiso probar que las crueldades cometidas no debían atribuirse a él, sino al carácter duro de su ministro. Para ello aprovechó la primera ocasión favorable a su propósito y mandó una mañana partir de arriba abajo a Ramiro y exponer su cuerpo colgado de un poste y junto a él un cuchillo ensangrentado en la plaza de Cesena. El horror de este espectáculo satisfizo y amedrentó por algún tiempo a aquellos pueblos.

Pero volvamos a nuestro asunto. Digo, pues, que estando ya el duque bastante poderoso y en cierto modo seguro de inmediatos peligros por contar con tropas suyas y haber acabado con no poca parte de las que en la vecindad podían ofenderle, restábase, para continuar sus conquistas, prepararse a no temer al rey de Francia, porque sabía que éste, habiendo comprendido, aunque tarde, su error, no le consentiría ensanchar sus dominios.

Para ello comenzó a buscar nuevas alianzas y a mostrarse indeciso respecto a los franceses, cuando éstos bajaron al reino de Nápoles contra los españoles que sitiaban a Gaeta. Su intento era hacerse fuerte contra aquéllos, y lo hubiera logrado a no ocurrir la muerte del papa Alejandro.

Tal fue la conducta de César Borja en cuanto a los asuntos presentes. Respecto a los futuros, temiendo que el nuevo sucesor en la sede apostólica no fuese amigo suyo y tratara de quitarle lo que Alejandro le había dado, pensó precaver este peligro de cuatro maneras: la primera, extinguiendo las generaciones de los señores a quienes había despojado de sus estados, para quitar al nuevo Papa pretexto de despojarle a él; la segunda, atrayendo a su partido a todos los nobles de Roma para dominar por medio de ellos al pontífice; la tercera, procurándose en el Colegio de los Cardenales el mayor número posible de amigos; la cuarta, aumentando tanto sus estados. antes de que muriera el papa Alejandro, que estuviese en situación de poder resistir el primer ataque.

De estas cuatro cosas, al morir el Papa había conseguido tres y estaba a punto de alcanzar la cuarta; porque de los señores despojados por él hizo matar a cuantos pudo coger, y pocos escaparon; tenía a los nobles romanos a su devoción y contaba con grandísima parte del Colegio de los Cardenales. Respecto a nuevas conquistas proyectaba hacerse señor de Toscana y poseía ya a Perugia y Piombino, habiendo tomado bajo su protección a Pisa.

No teniendo ya que guardar consideraciones a Francia (porque los españoles habían arrojado a los franceses del reino de Nápoles y cada uno de ambos pueblos debían necesariamente solicitar su amistad) podía ocupar a Pisa, y, hecho esto, se le rendirían inmediatamente Luca y Siena, parte por miedo y parte por envidia a Florencia. Los florentinos en tal caso no podían defenderse. Teniendo buen éxito todos estos proyectos (y empezaba a tenerlo el mismo

año que Alejandro murió), adquiriría tanta fuerza y tanta fama, que hubiera podido defenderse sin depender de fortuna o poder ajenos, sino con sus propios recursos.

Pero Alejandro murió a los cinco años de haber desenvainado César Borja la espada, dejándole bien consolidado únicamente en el dominio de la Romaña, y todas las demás conquistas en el aire, entre dos poderosísimos ejércitos enemigos y atacado de una enfermedad mortal. Sin embargo, era el duque tan valeroso y hábil, conocía tan bien a los hombres que debía ganar o destruir, y supo en tan poco tiempo asentar su poder sobre sólidos cimientos, que, de estar sano y a no haber tenido frente a él dos ejércitos enemigos, hubiese dominado todas las dificultades.

Bien se probó que las bases de su poder eran estables al ver que la Romaña le esperó más de un mes; que en Roma, aunque medio muerto, permaneció seguro y que los Baglioni, Vitelli y Orsini, al acudir a esta capital, no encontraron quienes les siguieran contra él. Si no pudo hacer que eligieran Papa a quien él descaba, consiguió que no fuera elegido quien él no quería, y si la muerte de Alejandro hubiera ocurrido estando él sano, todo le fuera fácil. Él mismo me dijo el día de la elección de Julio II que tenía calculado cuanto pudiera ocurrir a la muerte de su padre, y a todo había dispuesto remedio, pero no pudo imaginar que, al fallecer su padre, estuviera él moribundo.

Examinadas todas las acciones del duque, no me atreveré a censurarle ninguna, y si a proponerle, cual lo hago, como modelo a cuantos lleguen al poder por la fortuna y las armas ajenas. Tuvo grande aliento y elevadas intenciones, y no se podía portar de otra manera, oponiéndose tan sólo a la realización de sus proyectos la brevedad de la vida de Alejandro y el ocurrir la muerte del Papa, cuando el mismo estaba gravemente enfermo. Quien juzgue necesario en su principado nuevo asegurarse de los enemigos, ganarse amigos, vencer o por fuerza o por astucia, hacerse amar o temer de los pueblos, que los soldados le respeten y sigan, acabar con los que puedan o deban ofender, reformar con nuevas leyes el régimen antiguo, ser severo y bondadoso a la vez, magnánimo y liberal, destruir las tropas desleales y crear nuevo ejército, conservar la amistad de príncipes y reyes, de tal modo que descen hacerle bien y teman causarle daño, no encontrará ejemplo más reciente que el de los actos de César Borja.

Sólo es censurable en lo relativo al nombramiento de Julio II para el pontificado, porque tuvo mala elección. Según he dicho, no pudiendo nombrar un Papa a su gusto, pudo, sin embargo, impedir que fuera elegido quien le perjudicase, y jamás debió consentir que fuera elegido Papa ninguno de los cardenales que él había maltratado, y que, al llegar al pontificado, todavía pudiera temerle, porque los hombres ofenden o por miedo o por odio. Los que él había ofendido eran, entre otros, los cardenales de San Pedro Advíncula, Colonna, San Jorge y Ascanio.

Todos los demás que ascendieron al pontificado habían de temerle, excepto Rohan y los españoles, éstos por parentesco y agra-

decimientos de servicios, aquél por su poder, puesto que contaba con el apoyo de Francia: por tanto el duque, antes de que a ningún otro, debió hacer elegir un español, y, si no le era posible, preferir el cardenal de Rohan al de San Pedro Advíncula. Porque quien crea que entre elevados personajes los nuevos beneficios hacen olvidar las antiguas injurias, se engaña. El error de César Borja en esta elección fue causa de su definitiva pérdida.

Capítulo VIII

De los que han llegado a ser príncipes cometiendo maldades

Como los particulares pueden llegar a ser príncipes por dos caminos, independientes del de la fortuna y del mérito, creo deber hablar aquí de ellos, aunque el examen de uno debería hacerse con más amplitud al tratar de las repúblicas. Estas dos vías consisten en llegar al poder por medio de alguna maldad o conseguir la soberanía un particular por el apoyo de sus conciudadanos.

Al hablar del primero citaré dos ejemplos, uno antiguo y otro moderno, sin juzgarlos, porque creo que baste referirlos para que los juzguen quienes quieran imitarlos. El siciliano Agatocles, no sólo era hombre del pueblo, sino de la clase más ínfima y abyecta, y llegó a ser rey de Siracusa. Hijo de un alfarero, fue toda su vida un malvado, pero con tanta fortaleza de ánimo y de cuerpo, que, perteneciendo a la milicia, por los ascensos en ella llegó a pretor de Siracusa.

Ocupando este cargo y resuelto a ser príncipe y a tener por violencia y sin necesidad de agradecerlo lo que de común acuerdo le habían concedido, comunicó su proyecto al cartaginés Amílcar, que estaba en Sicilia con el ejército. Convocó una mañana al pueblo y al senado de Siracusa, como si necesitara tratar con ellos de cosas pertinentes a la república, y a una señal convenida hizo que sus soldados mataran a todos los senadores y a los más ricos de la ciudad. Después de estas muertes se apoderó y ejerció la soberanía sin ninguna contienda civil. Y aunque los cartagineses le derrotaron dos veces, y, por último, le sitiaron, no sólo pudo defender su ciudad, sino, dejando parte del ejército para esta defensa, llevar el resto a África, librando en breve a Siracusa del asedio y poniendo a los de Cartago en gravísimo apuro, quienes al fin tuvieron que hacer la paz con Agatocles, contentándose con la posesión de África y dejándole la de Sicilia.

320

Quien examine los actos y el esfuerzo de Agatocles verá que nada en él, o muy poca cosa, debe atribuirse a la fortuna. Llegó a la soberanía, no por favor, sino ascendiendo en los grados de la milicia, según antes dije, con muchos trabajos y peligros, y la conservó afrontando grandes dificultades y acometiendo arriesgadas empresas.

Ciertamente no puede llamarse virtud asesinar a los conciudadanos, traicionar a los amigos, no tener ni buena fe, ni religión, condiciones con las cuales se puede conquistar la soberanía, pero no adquirir gloria. Porque si se tiene en cuenta el valor de Agatocles para afrontar los peligros, la habilidad para librarse de ellos y su grandeza de ánimo para sufrir y vencer las adversidades, no se le puede considerar inferior a ningún gran capitán; pero su desenfrenada crueldad, su inhumanidad, sus infinitas maldades no consienten que se le cuente entre los grandes hombres. Es imposible, pues atribuir a la fortuna ni a la virtud lo que sin ambas consiguió.

En nuestros tiempos, durante el pontificado de Alejandro VI, Oliveroto de Fermo quedó huérfano en corta edad, y lo crió y educó su tío materno, Juan Fogliani. Al empezar su juventud dedicóse al servicio militar a las órdenes de Pablo Vitelli, con el deseo de aprender el arte de la guerra y llegar a buen grado en la milicia. Muerto Pablo, entró al servicio de su hermano Vitellozzo, y en poco tiempo, por su ingenio y valentía, llegó a ser uno de los principales capitanes de aquellas tropas. Pero creyendo impropio de sus cualidades estar a las órdenes de otro, proyectó, contando con algunos ciudadanos de Fermo más aficionados a la servidumbre que a la libertad y con el apoyo de Vitellozzo, apoderarse de Fermo, y escribió a Juan Fogliani, diciéndole que estaba ya muchos años fuera de casa y quería ir a visitarle, a ver su ciudad y a reconocer en cierto modo su patrimonio: que habiendo trabajado tanto para adquirir honores, a fin de demostrar a sus conciudadanos que no había perdido el tiempo, quería ir honrosamente, acompañado de cien jinetes amigos y servidores suyos, y le rogaba procurase que los habitantes de Fermo le recibieran con esplendidez, honrando así a los dos, puesto que le había educado.

Hizo Juan Fogliani cuanto deseaba su sobrino, a quien recibieron con gran distinción en Fermo, alojándose en casa de su tío. Pasado un día, que empleó en preparar todo lo necesario para realizar la maldad proyectada, convidó a un festín a Juan Fogliani y a todos los principales de Fermo. Terminada la comida y los demás entretenimientos propios de esta clase de convites, Oliveroto promovió de intento una conversación grave, hablando de la grandeza del papa Alejandro, de su hijo César y de sus empresas. Respondían a sus razonamientos Juan y los demás convidados cuando de pronto se levantó diciendo que era asunto para ser tratado más en secreto, y se dirigió a otra habitación, acompañado de su tío Juan y de los demás convidados; pero apenas habían tomado asiento cuando de un lugar oculto salieron soldados que asesinaron a Juan Fogliani y a todos los demás. Hecha esta matanza montó Oliveroto a caballo, recorrió la población y sitió en su palacio al magistrado supremo. Obedecieronle todos por miedo, organizó un gobierno y proclamóse príncipe. Muertos todos los que, por estar descontentos, le podían ofender, afianzó su poder con nuevas leyes civiles y militares, y durante el año que tuvo aquel principado no sólo vivió tranquilo en Fermo, sino llegó a ser formidabile para todos sus vecinos. Su expulsión fuera difícil, como la de Agatocles, si no se hubiese dejado engañar por César Borja, cuando cogió en Sinigaglia, según hemos

referido, a los Orsini y a los Vitelli. Allí, poco después de un año de cometido el parricidio, fue estrangulado en unión de Vitellozzo, su maestro en el arte de la guerra y en las maldades.

Lamará a algunos la atención que Agatocles y otros como él, después de cometer infinitas traiciones y crueldades, hayan podido vivir largo tiempo seguros en su patria y defenderse de los enemigos exteriores sin que sus conciudadanos conspirasen contra ellos, mientras otros muchos príncipes nuevos, a causa de sus crueldades, no han podido conservar su poder en épocas tranquilas, y mucho menos en los azarosos tiempos de guerra. Creo que esto sucede por el buen o mal uso que de la crueldad se haga. Se dice bien usada (si puede llamarse bueno a lo que es malo en sí mismo) cuando se emplea una sola vez por la necesidad de afianzar el poder y después no se repite, procurando que, en cuanto sea posible, se convierta lo hecho en utilidad del pueblo. Mal usada es la que, no teniendo grande importancia al principio, va después creciendo en vez de desaparecer. Los que emplean la primera pueden esperar que Dios y los hombres les perdonen, como sucedió a Agatocles; los otros es imposible que se mantengan en el poder.

De ahí se deduce que el usurpador de un estado debe procurar hacer todas las crueldades de una vez para no tener necesidad de repetirlas y poder, sin ellas, asegurarse de los hombres y ganarlos con beneficios. Quien hace otra cosa por timidez o mal consejo, necesita estar constantemente con el cuchillo en la mano, y ninguna confianza podrá tener en sus súbditos, a quienes, por las continuas y recientes injurias, tampoco puede inspirar seguridad alguna. Las defensas deben hacerse todas de una vez, porque cuanto menos se repitan, menos hieren; y los beneficios conviene ejecutarlos poco a poco, para que se saboreen mejor. El príncipe debe, sobre todo, vivir con sus súbditos de tal modo, que ningún suceso malo o bueno le haga variar de conducta; pues para obrar mal no hay momento oportuno en las adversidades cuando se necesita de ellos, y si la mudanza consiste en obrar bien no aprovecha, porque, juzgándola forzada, no la agradecen.

Capítulo IX

De los principados civiles

El otro medio de que un ciudadano llegue a ser príncipe, sin maldad ni violencia alguna, es el del favor y la asistencia de los conciudadanos. y a este principado se le puede llamar civil. No es necesario, para conseguirlo, ni gran fortuna, ni verdadero genio, sino refinada astucia. Se alcanza, o por el favor del pueblo, o por el de los magnates, porque en todas las ciudades hay dos tendencias que tienen su origen, una en no querer el pueblo que le opriman los poderosos, y otra en desear éstos dominar al pueblo. Ambas tendencias producen uno de estos tres resultados: o el principado o la libertad, o la licencia. El principado lo fundan el pueblo o la

nobleza, según la ocasión de que puede disponer cada uno de estos dos bandos; porque cuando los magnates no pueden dominar al pueblo, aumentan la fama de cualquiera de ellos y lo eligen príncipe para, a su sombra, satisfacer mejor sus deseos de dominación. El pueblo, por su parte, cuando ve que no puede resistir a la nobleza y algún ciudadano llega a tener gran reputación, lo nombra príncipe, esperando que, con esta autoridad, lo defienda.

El que llega a ser príncipe con el auxilio de los nobles, se mantiene en el poder con más dificultad que el que debe el principado al pueblo, por estar rodeado de magnates que se creen iguales a él y le quitan la libertad de acción y de mando; pero el que asciende al principado por el favor popular, encuéntrase solo en el poder, y ninguno o muy pocos de los que están a su lado dejan de mostrarse dispuestos a obedecerle. Además, las aspiraciones de los nobles sólo se satisfacen causando daño a alguien, y las del pueblo no exigen ofensa a nadie; siendo los propósitos del pueblo más honrados que los de la nobleza, porque ésta aspira a establecer la tiranía, y aquél a evitarla. Añádase a esto que el príncipe no puede nunca estar seguro contra el pueblo, porque son muchos los que lo forman, y sí contra los nobles, que son pocos.

Lo peor que puede ocurrir a un príncipe no querido de su pueblo, es que éste le abandone; pero de los nobles no debe temer solamente que se aparten de él, sino que le combatan, pues formando una clase más ilustrada y astuta, preparan las cosas para salvarse en todo caso, y procuran obtener ventajas del que esperan que venza.

También debe tener en cuenta el príncipe que necesita vivir siempre con el mismo pueblo, pero no con la misma nobleza, pudiendo casi diariamente hacer o deshacer nobles y quitarles o darles elevada posición según le plazca. Para aclarar más este punto, diré que los nobles deben considerarse principalmente bajo el aspecto de si demuestra o no su conducta completa adhesión al príncipe. Los adictos, si no son ladrones deben ser protegidos y honrados. Los no adictos hay que dividirlos en dos clases: o no lo son por timidez y debilidad de carácter, y en tal caso debes servirte de ellos, máxime siendo buenos consejeros, porque en la prosperidad te honrarán y en la adversidad no hay que temerles, o no lo son por cálculos y motivos de ambición, lo cual es indicio de que piensan más en ellos que en ti. De estos debe guardarse el príncipe y considerarlos enemigos declarados, porque en los tiempos adversos ayudarán a su ruina.

Quien llega a ser príncipe por voluntad del pueblo, debe conservar su amistad, cosa fácil, puesto que el pueblo sólo pide no ser oprimido; pero quien contra los deseos del pueblo y sólo por el apoyo de los nobles alcanza el poder supremo, debe empezar ganándose el afecto del pueblo, lo cual tampoco ha de serle difícil desde el momento que esté en situación de protegerlo.

Como los hombres cuando reciben bienes de quienes esperaban males son más agradecidos al que los dispensa, el pueblo es más adicto al príncipe que lo trata bien, que si él mismo le hubiera

puesto en el principado. Puede el príncipe ganarse la voluntad del pueblo de diversos modos, que varían según las circunstancias, y a causa de ello no cabe dar reglas fijas.

En conclusión; el cariño del pueblo es para un príncipe absolutamente necesario, por ser en la adversidad su único recurso.

Cuando el rey de Esparta, Nabis, hizo frente a la agresión de toda Grecia y de un victorioso ejército romano defendiendo contra aquella y éste su patria y su trono, bastóle para ello poner a buen recaudo un corto número de ciudadanos, recurso insuficiente si el pueblo le hubiera sido enemigo.

A quien rechace esta opinión mía alegando el vulgar proverbio de que, *fundarse en el pueblo es como cimentar en lodo*, le diré que el dicho es cierto cuando un ciudadano particular acude al pueblo para que le libre de la opresión de sus enemigos o de los magistrados, en cuyo caso sufrirá con frecuencia un desengaño, como sucedió a los Gracos en Roma y en Florencia a Jorge Scali. Pero si el que fia en el pueblo es un príncipe con autoridad y valor, a quien la adversidad no asuste, que haya tomado todas las necesarias disposiciones y sepa infundir su aliento y mantener ordenada la multitud, lejos de ver defraudadas sus esperanzas en el pueblo, se convencerá del acierto con que las ha fundado en él.

Suelen peligrar estos principados al pasar del régimen liberal al absoluto, sobre todo si el príncipe ejerce el mando, no personalmente, sino por medio de los magistrados. En este caso su situación es más débil y arriesgada por estar entregado a la discreción de los ciudadanos que desempeñan las magistraturas, quienes, especialmente en las adversidades, pueden privarle de su poder, o rebelándose, o negándose a cumplir sus órdenes. Entonces el príncipe no tiene tiempo ni medios para apoderarse de la autoridad absoluta, porque la costumbre de los ciudadanos de obedecer a los ministros impedirá que le sirvan personalmente y no tendrá de quien fiarse en momentos de tanta incertidumbre. En tal caso, el príncipe no puede conjeturar por lo que ocurre en las épocas tranquilas. En éstas todos los ciudadanos necesitan de su autoridad y todos acuden y prometen, y cada cual le ofrece morir por él, porque no hay peligro de que tal cosa suceda; pero en los momentos de peligro, cuando el príncipe necesita de los ciudadanos, se encuentran pocos resueltos a servirle. Tanto más arriesgada es esta experiencia cuanto que sólo puede hacerse una vez.

Por ello un príncipe prudente debe gobernar de modo que sus súbditos en todo tiempo y circunstancias necesiten de su autoridad, y siempre le serán fieles.

Capítulo X

Cómo deben graduarse las fuerzas de los gobiernos

Importa también, al examinar las condiciones de estos principados, tener en cuenta otra consideración, a saber: si el príncipe gobierna estados tan poderosos que en caso necesario puedan defenderse por sí mismos, o si necesitaría, para la defensa, de auxilio ajeno. A fin de aclarar más este concepto, digo que, en mi opinión, pueden defenderse por sí mismo los estados que por abundancia de hombres o de dinero son capaces de organizar un ejército y batallar contra quien le acometa; y creo necesitan auxilio ajeno los que no pueden presentarse contra el enemigo en campaña y tienen que aguardarles tras los muros de las fortalezas.

Del primer caso ya he tratado, y aún me ocuparé de él en adelante. Del segundo sólo puede decirse que los príncipes que en él se encuentren deben aprovisionar y fortificar la población donde residan, no cuidándose del resto del país. Quien tenga bien fortificada la capital de sus estados y se porte con los demás gobiernos y sus súbditos como ya he dicho y repetiré después, no será atacado sin grandes precauciones, a causa de ser los hombres enemigos de las empresas que presentan grandes dificultades, y las hay siempre para acometer al que tiene la capital de su estado bien defendida y cuenta con el afecto de su pueblo.

Las ciudades de Alemania gozan de gran libertad, tienen escaso territorio y obedecen cuando quieren al Emperador, sin temer a éste ni a ningún otro magnate que haya en sus inmediaciones, por estar de tal modo fortificadas que todos comprenden cuán larga y difícil sería su expugnación. Todas tienen buenos muros y fosos, abundante artillería, y en lo almacenes municipales provisiones de boca y combustible para un año. Además, para alimentar a la plebe sin perjuicio del erario, tienen también preparados trabajos que la ocupen durante un año en los oficios que le son habituales y forman el nervio de aquellas poblaciones. También están sus tropas bien ejercitadas y con buenas ordenanzas.

Por consiguiente, un príncipe que tenga su capital bien fortificada y no se haga odiar, no puede ser atacado; y si lo fuese, el agresor sufriría la vergüenza de retirarse; porque las cosas del mundo son tan varias, que es casi imposible permanecer un año sitiando una plaza. Y a quien objetare que los sitiados, al ver sus haciendas saqueadas y quemadas, no tendrían paciencia, y que las molestias del largo asedio les harían olvidar su afecto al príncipe, le responderé que un príncipe poderoso y valiente superará siempre estas dificultades, unas veces haciendo esperar a sus súbditos que el mal no dure mucho, otras excitando su temor a las crueldades del enemigo, otras poniendo hábilmente a buen recaudo a los que parezcan demasiado atrevidos.

Además, lo natural es que el enemigo tale y arruine el país cuando lo invade, y, por tanto, cuando los hombres están más sobre-

excitados y dispuestos a la defensa. No debe, pues, temer este peligro el príncipe, porque, pasado algún tiempo, cuando los ánimos se calman los daños están hechos y no tienen remedio. Entonces se unirán a su príncipe mucho más, puesto que, por defenderle, han sido quemadas sus casas y arruinadas sus posesiones, siendo propio de la naturaleza humana obligarse lo mismo por los beneficios hechos que por los recibidos. Así, pues, bien considerado todo, no será difícil a un príncipe prudente mantener firme el ánimo de sus ciudadanos antes y durante un asedio, siempre que no le falten víveres y medios de defensa.

Capítulo XI

De los principados eclesiásticos

Réstame hablar ahora de los principados eclesiásticos, respecto de los cuales todas las dificultades ocurren antes de posesionarse de ellos, pues se adquieren por mérito o fortuna; pero se conservan sin ninguna de ambas cosas. Basándose la posesión en las antiguas instituciones religiosas, son éstas tan fuertes que mantienen la autoridad del príncipe, cualquiera que sea su modo de vivir y de gobernar.

Estos príncipes eclesiásticos son los que poseen estados sin defenderlos, y súbditos sin gobernarlos; y ni les quitan los estados indefensos, ni los súbditos sin gobierno se cuidan ni piensan en emanciparse. Tales principados son los únicos tranquilos y felices. Regidos por preceptos tan altos que la mente humana no los alcanza, dejaré de hablar de ellos, pues formados y mantenidos por Dios, sería presunción y temeridad criticarlos.

Sin embargo, si alguno me preguntase por qué el poder temporal de la iglesia ha llegado a ser tan grande, cuando desde el papa Alejandro VI hacia atrás, los potentados italianos, y no sólo los que merecen este nombre, sino todos los barones y señores, por escasas que fueran sus fuerzas, estimaban poquísimos dicho poder, mientras ahora hace temblar a un rey de Francia y le arroja de Italia y arruina a los venecianos, responderé citando hechos que, de puro sabidos, apenas merecen recordarse.

Antes de que el rey Carlos VIII de Francia bajara a Italia, dominaban en esta comarca el Papa, los venecianos, el rey de Nápoles, el duque de Milán y los florentinos. Todos estos potentados cuidaban principalmente de que ningún extranjero entrara con ejército en Italia, y de que ninguno de ellos ensanchara sus dominios.

326

Los que en este último punto inspiraban más desconfianza eran el Papa y los venecianos. Para contener a éstos necesitábase la unión de todos los demás, como se verificó cuando la defensa de Ferrara, y para limitar la ambición que pudieran tener los Papas servíanse de los barones romanos, los cuales, divididos en dos bandos, el de los Orsini y el de los Colonna, mantenían continuas discordias, estando casi siempre con las armas en la mano para vengar sus

injurias, aun a los ojos del Pontífice, cuya autoridad era débil y precaria; y aunque de vez en cuando apareciese un Papa animoso, como Sixto V, ni su fortuna, ni su ciencia les libraban por completo de estos abusos, a causa de la breve duración de cada pontificado, que se calcula por término medio de diez años, tiempo insuficiente para aminorar el poder de cualquiera de ambos bandos. Además, si un pontífice acaba, como quien dice, con los Colonna, venía después otro, enemigo de los Orsini, que aumentaba el poder de los Colonna, sin vivir el tiempo necesario para destruir a aquéllos. Todo esto ocasionaba que se tuviera en poca estimación en Italia el poder temporal del Papa.

Así las cosas, ascendió al pontificado Alejandro VI, quien, de todos los pontífices habidos, es el que mejor demostró lo que el Papa puede hacer con el dinero y la fuerza. Valiéndose del duque Valentino y aprovechando la venida de los franceses a Italia, hizo cuanto hemos referido al hablar de los actos de César Borja. Aunque su intento no fue engrandecer el poder de la iglesia, sino el del duque, resultó lo primero, porque, después de su muerte y de la de César Borja, la iglesia fue heredera del fruto de sus esfuerzos.

Vino después el Papa Julio II, quien encontró el poder de la santa sede aumentado con la posesión de toda la Romaña, sin fuerza ni prestigio los barones romanos, y, por la persecución del Papa Alejandro, anulados los bandos que éstos fomentaban. Encontró también el camino para acumular dinero más expedito que lo había estado en ningún tiempo antes de Alejandro, a quien no sólo siguió en todas las condiciones de su política, sino le aventajó, ganando a Bolonia, humillando a los venecianos y arrojando de Italia a los franceses; empresas todas que llevó a feliz término y que fueron tanto más laudables cuanto que tuvieron por único objeto engrandecer a la iglesia y no a sus parientes. Contuvo los bandos de Colonna y Orsini dentro de los límites en que estaban al ocupar él la sede pontificia, y aunque conservaban gérmenes de los antiguos desórdenes, hubo dos cosas que los mantuvieron en paz: el gran poder de la iglesia, que les asustaba, y el no tener cardenales ninguna de ambas casas, porque éstos eran los que alentaban dentro y fuera de Roma los dos partidos, a los cuales por necesidad se afiliaban los barones. De tal suerte, la ambición de los preladados producía las discordias y los tumultos entre los nobles.

Su santidad el Papa León X ha encontrado, pues, la santa sede poderosísima, esperándose que si Alejandro y Julio la hicieron grande por la fuerza de las armas, la aumente en poder y en veneración por su bondad y las otras infinitas virtudes que le adornan.

Capítulo XII

De las diferentes clases de milicias y de los soldados mercenarios

Referida ya las condiciones de los principados que me propuse examinar, y expuestos hasta cierto punto los motivos de lo que puede serles favorable o adverso, como también los medios que algunos han empleado para adquirirlos, réstame disertar en términos generales sobre los casos de ofensa y defensa que en cada uno de ellos pueden ocurrir.

Ya hemos dicho que todo príncipe debe procurar que los fundamentos de su poder sean buenos, pues de lo contrario, necesariamente se arruinará. Las principales bases de todos los estados, nuevos, antiguos o mixtos son las buenas leyes y los buenos ejércitos; y como no puede haber buenas leyes donde no haya buenos ejércitos, y donde éstos existen aquéllas también, no hablaré ahora de las leyes, sino de las tropas.

Las que emplee un príncipe para la defensa de sus estados, o son propias o mercenarias, o auxiliares o mixtas. Las mercenarias y auxiliares son inútiles y peligrosas, y quien fie su poder en ellas nunca lo tendrá firme y seguro, porque carecen de unión, son ambiciosas, indisciplinadas, infieles, valerosas contra los amigos y cobardes contra los enemigos; no teniendo temor a Dios ni buena fe con los hombres, el príncipe a quien defienden cae tan pronto como son atacados, siendo robado en la paz por estos mercenarios, y en la guerra por los enemigos.

La causa de esto es no tener más afición y motivo para servir con las armas que el corto estipendio que reciben, insuficiente para dar la vida por quien defienden; por ello desean el servicio en tiempo de paz, pero cuando llega la guerra, o huyen o desertan. Y poco trabajo cuesta demostrar que la causa de la ruina de Italia no es otra sino el haber fiado su seguridad durante muchos años a ejércitos mercenarios, que a veces prestaron servicios a algunos y en luchas entre sí parecían valerosos, pero al llegar los extranjeros se mostraron tal cual eran. De esta suerte el rey Carlos VIII pudo apoderarse de Italia sin más trabajo que el de ir señalando a sus tropas alojamiento. Los que atribuían la causa a nuestros pecados decían la verdad, si bien no eran los pecados que ellos suponían, sino los que he referido. Como los pecadores eran los príncipes, ellos son los que han sufrido el castigo.

328 Pero demostraré aún mejor los perjuicios de esta clase de tropas. Los generales mercenarios, o son excelentes o no lo son: en el primer caso no se puede fiar en ellos, porque siempre aspirarán a su personal engrandecimiento, u oprimiendo al príncipe a cuyo servicio estén o a otros, contra la voluntad de su señor; y si no son valerosos, ordinariamente arruinan el estado por lo mal que le sirven.

Si se objeta que quien tenga las armas en la mano, sea o no mercenario, hará lo mismo, replicaré que los ejércitos están desti-

nados a servir a un príncipe o a una república. Cuando sirven a un príncipe debe éste desempeñar personalmente el cargo de general, y cuando a una república, nombrará a uno de sus ciudadanos; si éste no muestra valor, le remplazará con otro; y si es buen general, le tendrá sujeto a las leyes para que no se extralimite.

La experiencia demuestra que sólo los príncipes y las repúblicas armadas hacen grandes progresos, mientras las tropas mercenarias siempre causan daño. Con mayor dificultad domina un ciudadano una república cuando los ejércitos son propios que si son mercenarios. Largo tiempo vivieron Roma y Esparta libres y con ejércitos suyos. Los suizos no pueden estar más armados ni gozar de mayor libertad.

Del peligro de valerse de tropas mercenarias son ejemplo en la antigüedad los cartagineses, que estuvieron a punto de ser víctimas de tales tropas al terminar la primera guerra púnica, a pesar de tener al frente de ellas ciudadanos suyos. Los tebanos, muerto Epaminondas, nombraron general de su ejército a Filipo de Macedonia, quien después de vencer con él a los enemigos, les privó de la libertad.

Tomaron a sueldo los milaneses, cuando murió el duque Felipe, a Francisco Sforza, para la guerra contra los venecianos, y éste, después de vencerlos en Caravagio, se convino con ellos para dominar a los milaneses, a cuyo servicio estaba. Su padre Sforza, general a sueldo de la reina Juana de Nápoles, la dejó de pronto sin ejército, y ella, para no perder su reino, vióse obligada a echarse en brazos del rey de Aragón.

A los que digan que los venecianos y los florentinos aumentaron sus dominios en tiempos pasados con ejércitos de esta clase, y que sus generales, sin hacerse príncipes, les defendieron siempre, responderé que la suerte favoreció en esto a los florentinos, porque los capitanes ilustres a quienes podían temer o no vencieron en las guerras, o tropezaron con grandes obstáculos o pusieron sus miras en otras partes. El que no venció fue Juan Acuto,¹ y por esta causa no se pudo conocer su fidelidad; pero todos confesarán que, de haber vencido, quedara Florencia a su discreción. Sforza tuvo siempre enfrente a Braccio con sus tropas, y su rivalidad les hacía celarse uno a otro. Francisco Sforza dirigió su ambición a ser dueño de Lombardía y los intentos de Braccio eran contra los estados de la iglesia y el reino de Nápoles.

Pero vengamos a lo ocurrido recientemente. Tomaron los florentinos a su servicio a Pablo Vitelli, capitán prudentísimo que, de origen humilde, había llegado a tener gran fama. Si hubiera tomado a Pisa nadie negará que los florentinos habrían corrido gran riesgo de perder su libertad, porque pasándose Vitelli a sus enemigos, carecían de medios para defenderla, y, no pasándose, quedaban a merced suya.

Si se estudia bien el engrandecimiento de los venecianos, se verá que lo alcanzaron segura y gloriosamente mientras combatían

¹ Juan Hawkwod, capitán inglés que tenía a sus órdenes 4 000 hombres de su nación.

con sus propias fuerzas, las marítimas, como lo hicieron con sus caballeros y su plebe armada; pero al batallar en tierra, deseosos de aumentar sus posesiones en Italia, abandonaron aquel sistema y siguieron el de los demás estados italianos. Mientras el ensanche en tierra firme fue escaso, por ello y por su fama de poderosos no temían a sus generales; pero cuando ampliaron sus conquistas bajo el mando de Carmañola, pudieron comprender su error. Al observar que era un general de gran mérito, que había batido al duque de Milán y que quería prolongar la guerra, juzgaron imposible vencer definitivamente con él, y peligroso despedirle sin exponerse a perder lo conquistado, por lo cual se vieron en la precisión de matarle.

Han tenido después a sueldo a los generales Bartolomé de Bér-gamo, Roberto de San Severino, el conde de Pitigliano y otros semejantes, con los cuales no podían esperar ganancias, sino pérdidas, como sucedió cuando la batalla de Vaila, por la cual perdieron en un día lo que habían conquistado con grandes trabajos en ochocientos años; pues con tales ejércitos sólo se consiguen lentas, tardías y débiles conquistas, y en cambio las pérdidas son rápidas y prodigiosas.

Como estos ejemplos me han inducido a hablar de Italia, donde sólo existen desde hace ya largo tiempo ejércitos mercenarios, tomaré tales cosas de más lejos, para que, vistos los orígenes y progresos del mal, sea más fácil corregirlos. Conviene recordar que cuando el imperio en estos últimos tiempos empezó a ser rechazado de Italia y el poder temporal del Papa a tomar mayor consistencia, se dividió Italia en muchos estados, porque varias de las grandes ciudades tomaron las armas contra los nobles que, favorecidos por el imperio, las oprimían y la santa sede las auxiliaba, aumentando así su dominación. Otras se declararon independientes, siendo gobernadas por sus mismos habitantes. De esta suerte llegó a estar Italia en manos de la iglesia y de algunas repúblicas, y como ni los eclesiásticos ni los ciudadanos tenían costumbre de manejar armas, comenzaron a tomar a sueldo tropas extranjeras. El primero en acreditar esta clase de milicia fue Alberico de Conio, natural de la Romaña. En su escuela aprendieron el arte de la guerra Braccio Sforza y otros que, según se dice, fueron entonces los árbitros de Italia. Tras ellos vinieron todos los demás que en nuestros tiempos han capitaneado los ejércitos mercenarios en Italia, y su valor e inteligencia han originado que Carlos VIII la recorra de uno a otro extremo, Luis XII la robe, Fernando V la oprima y los suizos la insulten. La organización que los jefes de tropas mercenarias establecieron y mantienen, consiste primeramente en desacreditar la infantería para acreditar su caballería. Lo hacen así porque, no teniendo estado y viviendo de su profesión militar, pocos infantes no les daban crédito, y muchos, no podían mantenerlos. Han preferido, pues, tener caballería en número proporcionado a sus recursos, número que les permita vivir con reputación, llegando las cosas a términos de que un ejército de veinte mil soldados no contara con dos mil de infantería. Además, habían establecido para librarse y librar a sus soldados de trabajos y peligros, no matarse en las escaramuzas, sino coger prisioneros y darles después libertad sin rescate. En los asedios, ni los sitiadores atacaban ni los sitiados hacían salidas durante la

noche. No defendían los campamentos con trincheras, ni acampaban en invierno. Una organización militar en que existían tales cosas, inventadas para eludir trabajos y peligros, según antes he dicho, han traído a Italia a ser esclavizada y escarnecida.

Capítulo XIII

De las tropas auxiliares, mixtas y nacionales

Son tropas auxiliares las que un príncipe poderoso presta a otro para ayudarle o defenderle, y resultan tan inútiles como las mercenarias. Ejército auxiliar fue, por ejemplo, el que tuvo el papa Julio II, quien, en la vista de los deplorables resultados que en la empresa contra Ferrara dieron los mercenarios, convino con Fernando, rey de España, en que éste le ayudara con su ejército.

Tales tropas pueden ser buenas y útiles en sí mismas; pero siempre dañosas para quien las llama en su auxilio, porque, si las derrotan, sufre él las consecuencias y, si vencen, queda a merced de ellas. Llena está la historia antigua de ejemplos que pudieran aducirse; pero me limitaré al citado de Julio II, que es reciente. Quiso apoderarse de Ferrara, para ello se puso en manos de un extranjero; pero su buena fortuna ocasionó un suceso que le impidió sufrir las consecuencias de esta falta, porque derrotados sus auxiliares en Ravena y apareciendo los suizos, que pusieron en fuga a los vencedores, contra lo que él y los demás creían, se libró de los enemigos, ahuyentados por los suizos, y de los auxiliares, porque esta última victoria no se debía a ellos.

Por llevar los florentinos cuando estaban completamente desarmados, diez mil franceses al asedio de Pisa, estuvieron en mayor peligro que en ocasión alguna.

El emperador de Constantinopla, para contrarrestar a sus vecinos, envió a Grecia diez mil turcos, quienes, acabada la guerra, no quisieron salir de allí, empezando entonces a estar los griegos en la servidumbre de los infieles.

El que quiera ponerse en el caso de no vencer, que se valga de estos ejércitos, mucho más peligrosos que los mercenarios, porque una vez consumada la ruina de quien auxilian, vuélvense unidos a la obediencia de su señor, mientras los mercenarios, si vencen, necesitan para ofender al que sirven esperar ocasión propicia y tiempo oportuno, pues no forman un ejército unido. Además, pagados por el príncipe, tampoco el que éste pone al frente de las tropas adquiere rápidamente tanto dominio de ellas que las puede sublevar contra su señor. En suma, los ejércitos mercenarios son peligrosos por su pereza y cobardía al combatir, y los auxiliares por su valor. Los príncipes prudentes siempre evitan valerse de tales tropas, prefiriendo las propias, y querrán mejor ser vencidos con las suyas que vencer con las de otro, no estimando verdaderas victorias las que se alcanzan con ejércitos ajenos.

Siempre en estos casos presentaré el ejemplo de César Borja y de sus actos. Entró en la Romaña con tropas auxiliares, todas francesas, y con ellas tomó a Imola y Forli. Creyendo que no debía fiarse de este ejército y que los soldados mercenarios eran menos peligrosos, tomó a sueldo a los Orsini y a los Vitelli. Cuando observó que en las operaciones su conducta era dudosa, infiel y ocasionada a grave riesgo, acabó con ellos y organizó ejército propio. Y puede verse fácilmente la diferencia entre una y otras tropas, teniendo en cuenta los distintos hechos del duque cuando tuvo a sueldo primero a los franceses y después a los Orsini y los Vitelli, y cuando mandó soldados propios y pudo manifestar toda su habilidad, siendo verdaderamente estimado desde el momento en que todos le vieron completamente dueño de sus tropas.

Aunque quisiera concretarme a ejemplos de nuestra moderna historia italiana, citaré, sin embargo, el del siracusano Hierón, de quien he hablado anteriormente. Nombrado éste, como ya dije, general del ejército de Siracusa, comprendió inmediatamente la inutilidad de las tropas mercenarias, porque sus jefes se portaban como los nuestros italianos, y pareciéndole que no le convenía tenerlas ni licenciarlas, las destruyó, haciendo después la guerra con ejército suyo y nunca de otro.

Recordaré también una figura del antiguo testamento que viene bien a este propósito. Cuando David se ofreció a Saúl para pelear con el provocador filisteo Goliat, para infundirle mayor ánimo le mandó poner el rey su propia armadura; pero David, al verse con ella, se negó a llevarla porque le impedía el libre uso de sus miembros, prefiriendo afrontar al enemigo con su honda y su cuchillo.

Resulta, pues, que los ejércitos ajenos, o te arruinan, o te abandonan, o te ahogan. Carlos VII, padre del rey Luis XI, cuando por su valor y fortuna arrojó de Francia a los ingleses, comprendió la necesidad de tener ejército propio y dio a su reino las ordenanzas de los hombres de armas y de la infantería. Posteriormente el rey Luis, su hijo, prescindió de la infantería propia, tomando a sueldo suizos. Esta falta, cometida también por sus sucesores, es causa, como se está viendo, de grandes peligros para aquel reino, pues ha servido para dar fama a los suizos y para desprestigiar el ejército francés. Carece éste de infantería, y sus hombres de armas están sometidos en cierto modo a una milicia extranjera, pues acostumbrados a pelear al lado de los suizos, no creen poder vencer sin ayuda. De aquí que los franceses no se atrevan contra los suizos, ni contra otros, sin que éstos les acompañen.

Son, pues, los ejércitos franceses mixtos de nacionales y mercenarios, organización preferible a la de ejércitos auxiliares o completamente mercenarios; pero muy inferior a la de ejércitos nacionales. Baste, para probarlo, el referido ejemplo, porque el reino de Francia sería invencible si la organización de Carlos VII se hubiera conservado y desarrollado; pero la escasa prudencia humana ve en muchas cosas la ventaja inmediata, y no el veneno que encierran, como en la fiebre ética de que ya he hablado.

Así, pues, el príncipe que no conoce los males sino cuando ya son incurables, no es verdaderamente sabio; sabiduría que pocos tienen.

La primera causa de la ruina del imperio romano fue el empezar a tomar a sueldo a los godos, porque esto ocasionó el enervamiento de las fuerzas del imperio y la fama de las tropas romanas pasó a las godas.

Termino, pues, afirmando que, sin ejército propio, ningún principado está seguro, quedando a merced de la fortuna y sin recursos que en la adversidad lo defiendan. Siempre fue opinión y máxima de los sabios no haber nada más débil e inestable que la fama de un poder no fundado en fuerzas propias. Ejércitos nacionales son los organizados con súbditos o ciudadanos o deudos tuyos; todos los demás, son: o mercenarios, o auxiliares. La organización de aquéllos se aprenderá fácilmente estudiando las que he referido en anteriores escritos,¹ donde se verá cómo Filipo, padre de Alejandro Magno, y muchas repúblicas y principados los han ordenado y armado.

Capítulo XIV

De las obligaciones de un príncipe con respecto a la milicia

La principal ocupación y el estudio preferente de un príncipe debe ser el arte de la guerra y la organización y disciplina de los ejércitos, porque ésta es la verdadera ciencia del gobernante, y tan útil, que no sólo sirve para mantener en el poder a los que han nacido príncipes, sino también para que simples particulares lleguen a este rango supremo. En cambio, es frecuente ver perder sus estados a los príncipes que viven en la molicie y el reposo. Repito, pues, que la principal causa para perder el poder es desdeñar el arte de la guerra, y la primera para alcanzarlo profesar dicho arte.

Por tener un ejército llegó Francisco Sforza de simple particular a duque de Milán, y sus hijos, por esquivar las fatigas y disgustos del ejercicio de las armas, bajaron de duques a simples ciudadanos. Porque entre los males que te acarrea el carecer de ejército, uno es hacerte despreciable, y esta consideración debe evitarla a toda costa el príncipe, según diré más adelante. Entre hombres armados y desarmados no hay proporción alguna, y la razón rechaza que los armados obedezcan de buen grado a los desarmados, como también que los señores desarmados estén seguros entre servidores armados, pues la desdeñosa altivez de aquellos y los celos de éstos se avienen mal para estar juntos. Por ello un príncipe que no entiende el arte de la guerra, además de otras desdichas ya indicadas, tiene la de que ni le estimen sus soldados, ni pueda fiarse de ellos.

¹Alude sin duda a su obra *El arte de la guerra*.

No deben, pues, los príncipes cesar un momento en el estudio del arte militar, ejercitándose aún más en tiempo de paz que en el de guerra, cosa que pueden hacer de dos modos: con trabajos mentales y con ejercicios prácticos. Con éstos procurarán que sus tropas estén bien organizadas y disciplinadas. Además han de dedicarse a la caza para acostumbrar el cuerpo a las fatigas y para estudiar la naturaleza de los terrenos, conocer cómo están formados los montes y los valles, cómo se extienden las llanuras, cómo se forman los ríos y los pantanos, poniendo en todo ello grandísima atención. Este conocimiento es útil en dos conceptos: primeramente, porque se estudia el propio país, y se puede proveer mejor a su defensa; en segundo lugar, porque la práctica adquirida sirve para conocer rápidamente las condiciones de cualquier otro terreno que sea preciso estudiar; porque las colinas, los valles, llanuras, ríos y pantanos que hay, por ejemplo, en Toscana, tienen con los de otras provincias cierta semejanza; de modo que, conocida bien una comarca, fácilmente se consigue el conocimiento de las demás.

Cuando el príncipe no tiene esta pericia, le falta una de las principales condiciones de un buen general, porque con ellas se aprende a encontrar al enemigo, a buscar alojamiento, a guiar el ejército, a preparar las batallas y hacer las campañas con ventaja. Entre los elogios que los historiadores tributan a Filopemen, príncipe de los equeos, es uno que en tiempo de paz sólo pensaba en el arte de la guerra, y cuando viajaba con sus amigos con frecuencia se detenía para preguntarles: «Si el enemigo estuviera en aquellas colinas y nosotros nos encontráramos aquí con nuestro ejército, ¿de quién sería la ventaja? ¿Cómo se podría ir a su encuentro sin desordenarse? Si queríamos retirarnos, ¿cómo lo haríamos? Si el enemigo se retirara, ¿cómo lo perseguiríamos?» Y durante el camino iba proponiendo todos los casos en que puede encontrarse un ejército; oía la opinión de sus acompañantes, decía la suya y las razones en que la fundaba y con este continuo ejercicio era imposible que, cuando mandaba un ejército, tropezara con obstáculos irremediables.

Respecto a los ejercicios mentales, el príncipe debe leer la historia y fijarse en las hazañas de los hombres célebres, ver cómo se han gobernado en la guerra; las causas de sus victorias y de sus derrotas, para evitar éstas e imitarles en aquéllas, y sobre todo, hacer lo que en pasados tiempos hicieron algunos grandes hombres que tomaron por modelo a algún capitán famoso, procurando copiar sus hazañas, como se dice que Alejandro Magno copió a Aquiles, César a Alejandro, Escipión a Ciro.

Quien lea la vida de Ciro, escrita por Jenofonte, reconocerá después en la de Escipión cuánta gloria alcanzó imitándole y cómo en la castidad, afabilidad, humanidad y liberalidad se ajustó Escipión a lo que de Ciro dice el historiador griego.

Tal ha de ser la conducta de un príncipe sabio. No debe permanecer ocioso durante la paz, sino aprovecharla para adquirir la suma de conocimientos que en la adversidad puedan valerle, a fin de que, si cambia la fortuna, le encuentre dispuesto a recibir sus golpes.

Capítulo XV

Por qué cosas los hombres, y especialmente los príncipes, merecen alabanza o vituperio

Réstanos tratar de la conducta y procedimientos que debe seguir un príncipe con sus súbditos y con sus amigos. Sé que muchos han escrito de este asunto y temo que al hacerlo ahora yo, tratándolo bajo otros aspectos, se me tenga por presuntuoso. Pero mi intento es escribir cosas útiles a quienes las lean, y juzgo más conveniente decir la verdad tal cual es, que como se imagina; porque muchos han visto en su imaginación repúblicas y principados que jamás existieron en la realidad. Tanta es la distancia entre cómo se vive y cómo se debería vivir, que quien prefiere a lo que se hace lo que debería hacerse, más camina a su ruina que a su consolidación, y el hombre que quiere portarse en todo como bueno, por necesidad fracasa entre tantos que no lo son, necesitando el príncipe que quiere conservar el poder estar dispuesto a ser bueno, o no, según las circunstancias.

Prescindiendo, pues, de príncipes imaginados y ateniéndome a los verdaderos, digo que todos los hombres de quienes se habla, y especialmente los príncipes, por ocupar lugar tan perspicuo, poseen cualidades dignas de elogio o de censura; unos son liberales, otros míseros (empleo esta palabra toscana, porque *avaro*, en nuestra lengua, es el que atesora valiéndose de la rapiña, y llamamos *miserico* al que se abstiene demasiado de gastar lo suyo), unos dan con espléndidez, otros son rapaces, algunos crueles y otros compasivos; los hay guardadores de sus promesas e inclinados a faltar a su palabra; afeminados y pusilánimes, o animosos y aun feroces; humanos o soberbios; castos o lascivos; sinceros o astutos; de carácter duro o afable; grave o ligero; religiosos o incrédulos; etcétera.

Comprendo que en el concepto general sería por demás laudable encontrar en un príncipe todas las citadas cualidades; pero no siendo posible ni, si lo fuera, practicarlas, porque no lo consiente la condición humana, el príncipe debe ser tan prudente que sepa evitar la infamia de aquellos vicios que le privarían del poder, y aun prescindir, mientras le sea posible, de los que no acarrear tales consecuencias. No debe tampoco cuidarse de que le censuren aquellos defectos, sin los cuales le sería difícil conservar el poder, porque considerándolo bien todo, habrá cualidades que parezcan virtudes y en la aplicación produzcan su ruina, y otras que se asemejen a vicios, y que, fomentándolas, le proporcionen seguridad y bienestar.

Capítulo XVI

De la liberalidad y de la miseria

Empezando por las primeras de las cualidades antes referidas, digo que el príncipe hará bien en ser liberal. Sin embargo, la liberalidad empleada por quien no es temido le perjudica, porque usada, como debe usarse de manera que no se sepa, no evitará que se le tenga por miserable. Para tener y conservar fama de liberal es preciso vivir con lujo y suntuosidad, haciendo cuantiosos gastos, y el príncipe que los haga empleará en esto sus rentas, necesitando al fin, para mantener el fausto, gravar con impuestos considerables a sus súbditos, apelar a todos los procedimientos fiscales y echar mano de cuantos recursos pueda valerse para recaudar dinero. Todo esto le atraerá la malquerencia de los súbditos, la pérdida de la estimación y la del dinero, de suerte que su liberalidad le habrá servido para ofender a muchos y premiar a pocos, ocasionándole serios disgustos; y aun se expone, al comprender las consecuencias y querer variar de conducta, a que entonces se le censure por tacaño.

No pudiendo, pues, el príncipe practicar la virtud de la liberalidad de un modo público, sino en su daño, debe importarle poco, si es prudente, que le califiquen de avaro, pues el tiempo modificará esta opinión al saberse que ajusta los gastos a los ingresos y que puede defenderse de quien le declare la guerra y aun emprender conquistas sin imponer nuevos tributos al pueblo; resultando liberal para aquellos a quienes nada quita, que son infinitos, y tacaño en concepto de aquellos a quienes no da, que son pocos.

No hemos visto en nuestros tiempos hacer grandes cosas más que a los tenidos por avaros; los otros han sucumbido. Sirvió la fama de liberal a Julio II para llegar al pontificado y no pensó después en conservarla, prefiriendo tener recursos para luchar con el rey de Francia. Pudo hacer tantas guerras sin aumento alguno en los tributos, renunciando a los gastos superfluos y realizando grandes economías. Si el actual rey de España¹ tuviese fama de liberal, no habría triunfado en tantas empresas.

Debe, por tanto, un príncipe cuidarse poco de que le llamen tacaño, si lo es, para no verse obligado a robar a sus súbditos, para poder defenderse, para no llegar a ser pobre y despreciable, para no ser por necesidad rapaz, porque el vicio de la avaricia será uno de los que le mantengan en el poder.

336 Si alguno objetara que César con la liberalidad consiguió el imperio, y otros muchos por ser y tener fama de liberales han llegado a elevadísimos puestos, responderé que una cosa es ser príncipe y otra querer serlo. La liberalidad es dañosa en el primer caso: en el segundo, indispensable; y César fue uno de los que aspiraron al poder supremo en Roma. Pero si, al lograrlo, hubiese vivido

¹ - Don Fernando V el Católico.

largo tiempo sin moderar los grandes gastos, perdiera seguramente el poder alcanzado con su liberalidad.

Y si alguien replica que ha habido muchos príncipes con fama de muy liberales que con sus ejércitos hicieron grandes cosas, distinguiré si atendió a las liberalidades con dinero suyo, o de sus súbditos, o de otros. En el primer caso debe ser parco, y en el segundo no ser liberal a costa de los que le sirven. Sólo en el tercer caso, cuando el príncipe va al frente de un ejército al cual mantiene con las presas, los saqueos y rescates que hace o impone al enemigo, le es indispensable la liberalidad, porque de otro modo no le seguirían sus soldados.

De lo que no es tuyo ni de tus súbditos, puedes ser ampliamente liberal y generoso, como lo fue Ciro, César y Alejandro, pues el gastar lo ajeno no quita fama, sino la da; mientras prodigar lo tuyo, te perjudica.

No hay condición más propensa a gastarse y consumirse por sí misma que la de la liberalidad, pues a medida que la usas vas perdiendo los medios de ejercerla, y llegar a la pobreza y al desprecio, o, por huir de ambas cosas, a ser rapaz y odioso. De nada debe guardarse más un príncipe que de inspirar desprecio u odio, y la liberalidad conduce a una de ambas cosas. Por tanto, es más atinado consentir fama de tacaño, la cual no honra, pero tampoco engendra odio, que, por buscar reputación de liberal, verse en la precisión de cometer rapiñas infamantes y odiosas.

Capítulo XVII

De la crueldad y de la clemencia, y de si vale más ser amado que temido

Continuando el examen de las condiciones antes referidas, digo que todos los príncipes deben desear reputación de clementes y no de crueles, pero sin hacer mal uso de la clemencia. Tenía César Borja fama de cruel, pero su crueldad dio a la Romaña unidad, paz y buen gobierno: de modo que, pensándolo bien, resulta César Borja mucho más clemente que el pueblo florentino, cuando, por no aparecer cruel, dejó destruir a Pistoia.

Debe, pues, el príncipe no cuidarse mucho de la reputación de cruel cuando le sea preciso imponer la obediencia y la fidelidad a sus súbditos, pues ordenando algunos poquísimos ejemplares castigos, resultará más humano que los que, por sobrado clementes, dejan propagarse el desorden, causante de numerosas muertes y robos, desmanes que dañan a todos los habitantes, mientras los castigos, oportunamente ordenados por el príncipe, sólo perjudican a algunos súbditos.

De todos los príncipes son los nuevos quienes con mayor dificultad pueden evitar la fama de crueles, porque los estados nuevos están llenos de peligros. Virgilio hace excusarse a Dido de la seve-

ridad de sus medidas para mantenerse en un reino que no tenía por herencia, diciendo:

*Res dura, et regni novitas me talia cogunt
Moltri, et late fines custode tueri.*¹

Sin embargo, el príncipe nuevo debe proceder cautamente en cuanto haga, no dando crédito a todo lo que le digan, ni asustándose de su sombra, portándose con prudencia y humanidad, sin que la excesiva confianza le haga incauto, ni la sobrada suspicacia intolerable.

Pregúntanse con este motivo *si es mejor ser amado que temido o temido que amado*, y se responde que convendría ser ambas cosas; pero, siendo difícil que estén juntas, mucho más seguro es ser temido que amado, en el caso de que falte uno de los afectos. Porque de los hombres puede decirse generalmente que son ingratos, volubles, dados al fingimiento, aficionados a esquivar los peligros, y codiciosos de ganancias: mientras les favoreces, son completamente tuyos y te ofrecen su sangre, sus haciendas, su vida y hasta sus hijos, como ya he dicho anteriormente, siempre que el peligro de aceptar sus ofertas esté lejano; pero si éste se acerca, se sublevan contra ti. El príncipe que fía únicamente en sus promesas y no cuenta con otros medios de defensa, está perdido, pues las amistades que se adquieren por precio y no por la nobleza del alma, subsisten hasta que los contratiempos de la fortuna las pone a prueba, en cuyo caso no se puede contar con ellas. Los hombres temen menos ofender a quien se hace amar que al que inspira temor; porque la amistad es sólo un lazo moral, lazo que por ser los hombres malos rompen en muchas ocasiones, dando preferencia a sus intereses; pero el temor lo mantiene el miedo a un castigo que constantemente se quiere evitar.

Debe, sin embargo, el príncipe hacerse temer de modo que el miedo no excluya el afecto y engendre el odio, porque cabe perfectamente ser temido y no odiado; así sucederá siempre que respete los bienes y la honra de las mujeres de sus conciudadanos y súbditos. Si necesitara derramar la sangre de algunos, hágalo con la justificación conveniente y por causa manifiesta. Sobre todo, absténgase de quedarse con sus bienes, porque los hombres olvidan antes la muerte del padre que la pérdida del patrimonio. Además, los motivos para confiscar bienes nunca faltan, y el que se aficiona a vivir de la rapiña, a todas horas encuentra ocasión de practicarla, mientras los motivos para imponer penas de muerte son raros, y con frecuencia no existen.

Pero si el príncipe está al frente de un ejército y tiene que gobernar multitud de soldados, le es indispensable no cuidarse del citado de cruel, que, sin esta fama, no se tiene un ejército disciplinado y dispuesto a cualquier empresa.

Entre las admirables acciones de Aníbal, se cita la de que, mandando grandísimo ejército, formado por hombres de diversas

¹ Mis fronteras guardar por fuerza debo: Dura es mi situación, y el reino es nuevo.

razas y llevado a pelear a tierra extranjera, jamás hubo en él asonadas ni tumultos, ni entre los soldados, ni contra el general, lo mismo en la buena que en la mala fortuna. Producía esta severa disciplina su inhumana crueldad, la que, unida a su grandísimo valor, hacía que le mirasen los soldados con veneración y terror. Sin la severidad, sus demás eminentes cualidades no hubieran producido este resultado.

Hay, sin embargo, escritores tan poco juiciosos que admiran los hechos de Aníbal y al mismo tiempo condenan la principal causa de ellos, porque es indudable que todo el genio de capitán cartaginés no bastara para lo que hizo sin la dureza de su mando, como lo prueba lo que sucedió a Escipión (capitán de rarísimo mérito, no sólo en su tiempo, sino en todos aquellos que la memoria alcanza), al cual se le sublevaron los ejércitos en España a causa de la excesiva benevolencia con que concedía a los soldados más libertades de las compatibles con una buena disciplina. Por ello le censuró Fabio Máximo en el senado, llamándole corruptor de la milicia romana. Habiendo atropellado gravemente a los locrenses uno de sus legados, ni vengó a las víctimas, ni castigó la demasia de su lugarteniente, porque su índole era benévola; y así sucedió que, queriendo excusarle un senador en el senado, alegaba que como Escipión había muchos hombres, más a propósito para no faltar que para corregir faltas ajenas. Esta condición de su carácter hubiera menoscabado la fama y la gloria de Escipión, si ejerciera siempre mando supremo; pero sometido a la autoridad del senado, en vez de perjudicarlo, le enaltecíó.

En conclusión, y volviendo al tema de si un príncipe debe ser temido o amado, digo que los hombres aman según su voluntad, y temen conforme a la voluntad del príncipe; por lo cual, si éste es sabio, debe fundamentar su poder en lo suyo y no en lo ajeno, procurando solamente, como he dicho, no hacerse odiar.

Capítulo XVIII

De qué modo deben guardar los príncipes la fe prometida

Todo el mundo sabe cuán laudable es que el príncipe prefiera siempre la lealtad a la falacia; sin embargo, la experiencia de nuestros tiempos prueba que príncipes a quienes se ha visto hacer grandes cosas, tuvieron poco en cuenta la fe jurada, procurando atentamente engañar a los hombres y consiguiendo al fin dominar a los que en su lealtad fiaban.

Sébase que hay dos maneras de combatir, una con las leyes y otra con la fuerza. La primera es propia de los hombres, y la segunda de los animales; pero como muchas veces no basta la primera, es indispensable acudir a la segunda. De aquí que a los príncipes convenga saber aprovechar estas dos especies de armas. Los antiguos escritores enseñaban esta condición de un modo ale-

górico, diciendo que Aquiles y muchos otros príncipes de remotos tiempos fueron dados a criar al centauro Quirón, quien los tenía en su guarda. El darles un preceptor medio hombre, medio bestia, significa la necesidad para el príncipe de saber usar ambas naturalezas; porque una sin otra no es duradera. Obligado el príncipe a saber emplear los procedimientos de los animales, debe preferir los que son propios del león y del zorro, porque el primero no sabe defenderse de las trampas, y el segundo no puede defenderse de los lobos. Se necesita, pues, ser zorro para conocer las trampas, y león para asustar a los lobos. Los que sólo imitan al león, no comprenden bien sus intereses.

No debe, pues, un príncipe ser fiel a su promesa cuando esta fidelidad le perjudica y han desaparecido las causas que le hicieron prometerla. Si todos los hombres fueran buenos, no lo sería este precepto; pero como son malos y no serán leales contigo, tú tampoco debes serlo con ellos. Jamás faltarán a un príncipe argumentos para disculpar el incumplimiento de sus promesas, de lo cual podrían presentarse infinitos ejemplos modernos y demostrar cuántos compromisos y tratados de paz han dejado de cumplirse por deslealtad de los príncipes, siendo siempre ganancioso el que mejor ha imitado al zorro.

Pero es indispensable saber disfrazar bien las cosas y ser maestro en fingimiento, aunque los hombres son tan cándidos y tan sumisos a las necesidades del momento que, quien engañe, encontrará siempre quien se deje engañar.

De los ejemplos actuales citaré uno. Alejandro VI jamás pensó ni hizo otra cosa que engañar a los demás, ni ha habido quien aseverase con más seriedad, ni quien con mayores juramentos afirmara una promesa, ni menos la cumpliera. Sin embargo, sus engaños le fueron siempre provechosos, porque conocía bien a los hombres.

No necesita un príncipe tener todas las buenas cualidades mencionadas, pero conviene que lo parezca. Hasta me atreveré a decir que, teniéndolas y practicándolas constantemente, son perjudiciales, y pareciendo tenerlas, resultan útiles. Lo será, sin duda, el parecer piadoso, fiel, humano, religioso, íntegro, y aun el serlo; pero con ánimo resuelto a ser lo contrario en caso necesario.

Ningún príncipe, y menos un príncipe nuevo, puede practicar todas las virtudes que dan crédito de buenos a los hombres, necesitando con frecuencia, para conservar su poder, hacer algo contrario a la lealtad, a la clemencia, a la bondad o a la religión. Su carácter ha de tener la ductilidad conveniente para plegarse a las condiciones que los cambios de fortuna le impongan, y, según ya he dicho, mientras pueda ser bueno, no dejar de serlo; pero si en los casos de imperiosa necesidad. Debe también cuidar el príncipe de que no salga frase de su boca que no esté impregnada en las referidas cinco cualidades, y que en cuanto se le vea y se le oiga parezca piadoso, leal, íntegro, compasivo y religioso. Esta última es la cualidad que conviene más aparentar, pues generalmente los hombres juzgan más por los ojos que por los demás sentidos, y pudiendo ver todos, pocos comprenden bien lo que ven. Todos verán lo que aparentas, pocos sabrán lo que eres, y estos pocos no se atreverán

a ponerse en contra de la inmensa mayoría, que tiene de su parte la fuerza oficial del estado. De las intenciones de los hombres, y más aún de las de los príncipes, como no pueden someterse a apreciación de tribunales, hay que juzgar por los resultados. Cuanto haga un príncipe por conservar su poder y la integridad de sus estados se considerará honroso y lo alabarán todos, porque el vulgo se deja guiar por las apariencias y sólo juzga por los acontecimientos; y como casi todo el mundo es vulgo, la opinión de los pocos que no forman parte de él sólo se tiene en cuenta cuando falta base a la opinión vulgar.

Algún príncipe de los actuales que no conviene nombrar, predica continuamente paz y lealtad, y no hay mayor enemigo de ambas cosas; tanto que, de haberlas respetado, ya en muchas ocasiones hubiese perdido su reputación y sus estados.

Capítulo XIX

El príncipe debe evitar que se le menosprecie y se le aborrezca

Después de hablar de cada una de las principales cualidades que debe tener un príncipe, trataré en conjunto y brevemente de las demás antes enumeradas, repitiendo que sobre todo debe evitar hacerse odioso y despreciable. Siempre que lo consiga, ningún daño le ocasionarán defectos de otra índole. Le harán odioso, como ya dije, la rapacidad y los atropellos contra los bienes de sus súbditos y el honor de las mujeres, de lo cual debe abstenerse. Siempre que respete los bienes y el honor de la generalidad de los gobernados, vivirán éstos contentos y sólo tendrá que luchar contra la ambición de unos cuantos, a quienes de varios modos y sin dificultad se les refrena.

También le hace despreciable el ser voluble, ligero, afeminado, pusilánime e irresoluto, defectos de que debe guardarse como de un escollo, procurando que en sus actos se note grandeza, valor, gravedad y fortaleza. En la resolución de los asuntos privados procurará que sus fallos sean irrevocables, conservando su prestigio de modo que nadie se crea capaz de engañarle o hacerle variar de opinión. El príncipe que así obre logrará justa fama, y contra los que la tienen, difícil es que se conspire y aun más difícil atacarle cuando se sabe que es excelente y querido de sus súbditos.

El príncipe debe temer siempre dificultades de dos clases, interiores unas y exteriores otras; relativas a sus súbditos y referentes a los potentados extranjeros. De estos últimos podrá defenderse con buenas tropas y buenas alianzas, y mientras tenga un buen ejército tendrá buenos aliados. El orden interior permanecerá inalterable mientras no haya peligros exteriores, salvo el caso de que lo perturbe alguna conjuración. Aun en el de ataque exterior, siempre que esté preparado y dispuesto a defensa, como antes dije, y no prescinda de

las reglas dadas. rechazará el ímpetu del enemigo, como lo rechazó el espartano Nabis.

En cuanto a los asuntos interiores, cuando no existen cuestiones con el extranjero, debe precaverse el príncipe contra los que secretamente conjuran. La mejor precaución consistirá en evitar que le odien y le desprecien, teniendo al pueblo satisfecho de su gobierno, lo cual es indispensable, según ya hemos explicado extensamente. Uno de los más eficaces medios contra las conspiraciones será el de que el pueblo no odie ni desprecie al príncipe; porque siempre cuentan los conjurados con que la muerte de éste satisfaga al pueblo. Si falta base a esta creencia, son los conspiradores más irresolutos, pues en tal caso aumentan las infinitas dificultades de toda conjuración.

La experiencia demuestra que son muchas las conspiraciones y pocas las que realizan su objeto, porque el conjurado no ha de ser solo, ni ha de conspirar sino con los que crea descontentos; y tan pronto como a uno de éstos descubres tu intención, le das pie para contentarse; pues, con denunciarte, puede esperar toda clase de recompensas. Viendo de una parte la ganancia segura y de otra las dudas y los peligros, preciso es que aquel a quien confías tu secreto sea grandísimo amigo tuyo u obstinado enemigo del príncipe. para que lo guarde.

Reduciendo la cuestión a breves términos, digo que de parte del conjurado está el miedo, los celos, el temor al castigo que le asusta, y de la del príncipe la majestad del gobierno. las leyes, los amigos y los funcionarios que le defienden. Añadiéndose a estos elementos de defensa el de la popularidad del soberano, imposible es que haya alguno tan temerario que conspire; pues si de ordinario el temor del conspirador es mientras prepara el golpe, en este caso más debe temer después de darlo, pues la indignación del pueblo le privaría de refugio y de medios de salvarse.

De este asunto podría citar infinitos ejemplos, pero sólo presentaré uno que han presenciado nuestros padres. Aníbal Bentivoglio, abuelo del actual Aníbal, era príncipe de Bolonia y fue asesinado por los Canneschi, que conspiraban contra él, quedando como sucesor suyo Juan Bentivoglio, que aún estaba en mantilla. Inmediatamente después de este asesinato se sublevó el pueblo y mató a todos los Canneschi. La popularidad que entonces tenían en Bolonia los Bentivoglio produjo este resultado; y el cariño del pueblo era tan grande, que muerto Aníbal sin dejar quien pudiera sucederle en el gobierno y sabiéndose que vivía en Florencia un natural del príncipe asesinado, y que estaba en casa de un artesano como hijo de éste, vino una comisión de boloneses a Florencia, lo llevó a Bolonia y dio el mando de la ciudad, administrándola hasta que Juan Bentivoglio estuvo en edad de encargarse del poder.

Deduzco de esto que el príncipe debe cuidarse poco, cuando sea popular, de las conspiraciones; pero si en vez de afecto inspira odio al pueblo, todas las cosas y todos los súbditos son temibles. Los gobiernos bien organizados y los príncipes sabios atenderán con la mayor diligencia a no desesperar a los nobles y a satisfacer al pueblo,

teniéndolo contento. Este es uno de los principales asuntos a que deben dedicarse.

Entre los reinos bien organizados y gobernados actualmente figura el de Francia, donde hay muchas instituciones buenas que garantizan la libertad y seguridad del Rey. La primera es el Parlamento, con grandes facultades. Conocían los que organizaron el reino la ambición y la audacia de los poderosos y juzgaron necesario establecer algo que las refrenara; por otra parte, sabían la malquerencia del pueblo a los grandes, fundada en el temor que le inspiran, y procuraron dominarla, sin que el cuidado de contener las extralimitaciones de ambas clases estuviera a cargo del rey, para evitarle disgustos con los grandes, si favorecía al pueblo, y con éste si se inclinaba en favor de los nobles. Al efecto, constituyeron un tercer poder que, sin responsabilidad para el Rey, reprimiera a los poderosos y defendiera a los débiles. Esta organización es excelente, prudentísima y por demás útil para la seguridad del rey y del reino.

De esto se deduce otro precepto, el de que los príncipes deben dejar a cargo de otros la imposición de obligaciones, cargas y castigos, reservándose la concesión de gracias y mercedes.

Repito, pues, que el príncipe debe tratar con consideración a los grandes, pero no procurarse la malquerencia del pueblo. Acaso parezca a algunos que la vida y la muerte de muchos emperadores romanos son ejemplos contrarios a mi opinión, pues los hubo entre ellos de excelentes costumbres y gran valor que perdieron el imperio y la existencia a manos de conspiradores. Para responder a esta objeción examinaré las cualidades de algunos emperadores, explicando las causas de su ruina, conformes con las que he aducido anteriormente, y de paso haré algunas consideraciones acerca de hechos y cosas notables de aquellos tiempos.

Hablaré sólo de los emperadores que hubo desde Marco Aurelio, el filósofo, hasta Maximino, a saber: Marco Aurelio, su hijo Cómodo, Pertinax, Juliano, Severo, Antonino Caracalla, Macrino, Heliogábalo, Alejandro y Maximino. Primeramente hay que advertir que mientras en los otros principados sólo se lucha contra la ambición de los poderosos y la osadía de los pueblos, los emperadores romanos luchaban además con una tercera dificultad, la de sufrir la crueldad y avaricia de los soldados. Era esto tan difícil, que ocasionó la ruina de muchos de ellos a causa de la imposibilidad de satisfacer a los soldados y a los pueblos; porque éstos aman la tranquilidad, y por tanto, a los príncipes modestos, y los soldados deseaban príncipes belicosos, insolentes, crueles y rapaces, condiciones que querían ejercitaran contra los pueblos para cobrar doble sueldo y satisfacer su avaricia y crueldad. De aquí procedía que los emperadores a quienes no había dado la naturaleza o no supieron adquirir las cualidades necesarias para enfrenar a los soldados y a los pueblos, siempre sucumbieron, y la mayoría de ellos, especialmente los que de simples particulares llegaban a ser emperadores, al comprender la dificultad de armonizar los opuestos intereses de la milicia y de la clase popular, satisfacían a los soldados, importándoles poco maltratar a los pueblos. Esta determinación era indispensable porque, no pudiendo librarse los príncipes de que algunos les odien, en su interés está

procurar que sean los menos, y, en todo caso, los menos armados. Así, pues, los emperadores que por ser hombres nuevos necesitaban más eficaz apoyo, lo buscaban mejor en los soldados que en los pueblos, cosa que les resultaba útil o perjudicial, según sabían mantener su reputación con ellos.

Por tales motivos Marco Aurelio, Pertinax y Alejandro, aficionados a la vida modesta, amantes de la justicia, enemigos de la crueldad, humanos y benignos, tuvieron, a excepción del primero, triste fin. Sólo Marco Aurelio vivió y murió honradísimo, porque, llegando al trono imperial por herencia, no tenía que recompensar este favor ni a los soldados ni a los pueblos. Además, la veneración que inspiraban sus muchas virtudes le permitió mantener en justos límites las aspiraciones del pueblo y soldados, no siendo jamás odiado ni despreciado.

Pero Pertinax fue nombrado emperador contra la voluntad de las tropas, quienes, acostumbradas a la licencia bajo el reinado de Cómodo, no podían sufrir la vida honrada a que deseaba obligarlas el nuevo emperador. Hizose, pues, odioso a los soldados, que además le despreciaban por viejo, y fracasó al empezar su reinado.

Este suceso prueba que la odiosidad se adquiere lo mismo con buenas que con malas obras, y que, como dije antes, cuando un príncipe desea conservar el poder, se ve precisado con frecuencia a no ser bueno, porque si la opinión dominante, sea del pueblo, del ejército o de la nobleza, opinión que juzgas necesario tener de tu parte para mantener tu autoridad, está corrompida, te convendría satisfacerla tal y como es, en cuyo caso las buenas obras te serían perjudiciales.

Vengamos a Alejandro, quien fue tan bondadoso que, entre otras alabanzas, se le tributa la de que en los catorce años que gobernó el imperio no hizo morir a ningún condenado. Sin embargo, juzgándole afeminado y hombre que se dejaba gobernar por su madre, cayó en desprecio y los soldados conspiraron contra él y le mataron.

Encontraréis, por lo contrario, al examinar las condiciones de Cómodo, de Septimio Severo, de Antonino Caracalla y de Maximino, que fueron cruellísimos y rapacísimos, y que, por satisfacer la codicia de los soldados, no perdonaron ninguna de las injurias que contra los pueblos pueden cometerse. Todos tuvieron mal fin a excepción de Severo, quien supo, por su valor, contar siempre con el afecto de los soldados, y aunque aumentó los gravámenes a los pueblos, reinó felizmente, porque sus excelentes cualidades hacían que le admirasen los ciudadanos y las legiones, aquéllos con verdadero asombro, éstas con la reverencia propia de quienes están satisfechos.

Como los actos de Severo fueron realmente famosos para un príncipe nuevo, cual él lo era, mostraré brevemente cómo supo usar de la astucia del zorro y de la fiera del león, condiciones que, como ya dije, necesita poseer un príncipe. Conocía Severo la cobardía del emperador Juliano, y persuadió al ejército que mandaba en Esclavonia de que era necesario ir a Roma a vengar el asesinato de Pertinax, muerto por la guardia imperial. Con tal pretexto, y

sin mostrar aspiraciones al trono, puso en marcha el ejército hacia Roma, llegando a Italia antes de que se supiera su partida. Cuando estuvo en Roma, el senado, por miedo, le eligió emperador y mandó matar a Juliano.

Para dominar todo el imperio tenía que vencer Severo dos obstáculos: uno en Asia, donde Pescenio Niger, general del ejército en aquella región, se había hecho proclamar emperador por las legiones, y otro en occidente, donde estaba Albino ambicionando también la dignidad imperial. Juzgando peligroso combatir al mismo tiempo con ambos, determinó atacar a Niger y engañar a Albino, a quien escribió diciéndole que, proclamado emperador por el senado, quería compartir con él dicha dignidad. Envióle al efecto el título de César y el acuerdo del senado nombrándole colega del emperador, cosas ambas que Albino tuvo por ciertas. Pero cuando Severo venció y mató a Niger y pacificó y restableció la tranquilidad en el oriente, volvió a Roma y quejóse en el senado de Albino, de quien dijo que, ingrato a los beneficios recibidos de él, había procurado asesinarle a traición, siéndole preciso ir a castigar su ingratitud. Fue efectivamente en su busca a las Galias, donde le quitó el mando y la vida.

El que estudie detalladamente la historia de este emperador, verá que fue a la vez bravísimo león y astuto zorro, temido y obedecido por todos y no odiado del ejército, y comprenderá cómo, siendo un hombre nuevo, llegó a tener gran poder, porque su grandísima fama le defendió siempre de la malquerencia que a los pueblos pudieran inspirar sus exacciones.

Su hijo Antonino Caracalla tuvo también excelentes dotes que al principio le hicieron querido de los pueblos y grato a los soldados, porque era un verdadero militar, sufridísimo en las fatigas de la guerra, desdeñoso de comidas delicadas y de toda molición, condiciones que le hacían popular en los ejércitos. Pero su cruel ferocidad fue tan grande e inaudita, que después de mandar matar a muchos en distintas ocasiones, hizo morir a gran parte del pueblo de Roma y a todo el de Alejandria, consiguiendo que le odiase todo el mundo y que le temiesen hasta los que le rodeaban, siendo al fin asesinado por un centurión en medio de su ejército.

Este ejemplo demuestra que ningún príncipe puede evitar morir a mano armada, porque quien está resuelto a matarle y no se cuida de su propia vida puede hacerlo; pero estos peligros, por lo raros, son menos temibles. Lo que deben procurar los príncipes es no ofender gravemente a los que le sirven o auxilian en el gobierno de su principado, como lo hizo Caracalla al mandar matar a un hermano del centurión que le asesinó, al cual, además, amenazaba todos los días teniéndole en su guardia, cosa muy expuesta a que ocurriera lo que sucedió.

Vengamos ahora a Cómodo que, por haber heredado el imperio de su padre Marco Aurelio, pudo conservarlo fácilmente. Con sólo imitar la conducta de su padre, hubiera satisfecho a los pueblos y a los soldados. Pero siendo de instintos crueles y bestiales, para poder saquear impunemente a los pueblos buscó apoyo en el ejército, permitiéndole la indisciplina. Por otra parte, deshonraba

su propia dignidad bajando con frecuencia a la arena del circo para luchar con los gladiadores, y haciendo otras muchas cosas vilísimas e indignas de la majestad imperial por lo cual llegó a ser despreciado del ejército y odioso a los pueblos, y murió víctima de una conspiración.

Réstame sólo hablar de las cualidades de Maximino. Fue un gran guerrero, y cansado el ejército de la molicie de Alejandro, de quien antes hablamos, muerto éste, le nombró emperador. No poseyó el imperio largo tiempo, porque le hicieron odioso y despreciable dos cosas: una la bajeza de su origen, pues había sido porquero en Tracia (esto era notorio y lo desconsideraba en el concepto público); otra que tardando mucho en ir a Roma después de nombrado emperador para tomar posesión de la sede imperial, adquirió fama de extremadamente severo a causa de las crueldades que sus prefectos hicieron en Roma y en otras partes. Indignado todo el mundo por la bajeza de su origen, e inspirando generalmente aversión y miedo por su ferocidad, África primero, y el senado, el pueblo romano y toda Italia después, conspiraron contra él, en cuya conjura tomó parte su propio ejército, que sitiaba a Aquileya. Cansado éste de la duración del asedio, indignado por las crueldades del emperador y temiéndole menos a proporción que aumentaban sus enemigos, le mató.

No hablaré de Heliogábalo, ni de Maximino, ni de Juliano que, por ser completamente despreciables, desaparecieron pronto.

Para terminar este capítulo, diré que a los príncipes de nuestros tiempos no es tan indispensable como a los emperadores romanos tener satisfechos a los soldados, aunque se les deban atenciones fácilmente realizables; porque ninguno de estos príncipes tienen ejércitos con profundas raíces en el gobierno y administración de las provincias, como las tenían los del imperio romano; y aun entonces era preciso satisfacer a las tropas con preferencia a los pueblos, porque aquéllas podían más que éstos; mientras ahora necesitan los príncipes, a excepción de los soberanos de Turquía y Egipto, satisfacer más a los pueblos que al ejército, porque aquéllos pueden más que éste. Exceptúo al sultán de Turquía, que tiene junto a sí doce mil soldados de infantería y quince mil de caballería, porque de estas tropas depende la seguridad y la fuerza de su reino, y necesita conservarlas fieles a costa de cualquier sacrificio que imponga a los pueblos. De igual modo está organizado el reino de Egipto, completamente en manos del ejército, por lo cual el Soldán se ve precisado a satisfacerle por completo, sin consideración ninguna a los pueblos.

Debe advertirse que este reino del Soldán en nada se asemeja a los demás principados, pareciéndose sólo al de la santa sede, que no puede llamarse ni hereditario, ni nuevo, porque no suceden en la autoridad los hijos del príncipe muerto, sino el elegido por los que no ejercen la soberanía. Siendo esta organización muy antigua, no puede llamarse principado nuevo, porque no hay en ella ninguna de las dificultades que en éstos se encuentran. Si el príncipe es nuevo, el régimen del estado es antiquísimo, y está dispuesto para que al elegido se le considere como señor hereditario.

Volviendo a nuestro asunto, digo que quien considere atentamente lo expuesto en este capítulo, verá que la causa de la ruina de los citados emperadores romanos fue el odio o el desprecio, y comprenderá que, siendo su respectiva conducta desemejante, a unos condujo a buen fin lo que fue fatal para otros; porque a Pertinax y Alejandro, por ser príncipes nuevos, les fue dañoso querer imitar a Marco Aurelio, que heredó el solio imperial, e igualmente lo fue a Caracalla, Cómodo y Maximino imitar a Septimio Severo sin tener sus grandes dotes. Por tanto, un príncipe nuevo en un principado no debe copiar de los actos de Severo más que lo preciso para afianzar su autoridad, y de los de Marco Aurelio los que sean convenientes y gloriosos para conservar un estado que esté ya sólidamente constituido.

Capítulo XX

Si las fortalezas y otras muchas cosas que hacen los príncipes son útiles o perjudiciales

Para la seguridad de sus estados unos príncipes han desarmado a sus súbditos; otros, fomentado la discordia entre las poblaciones; otros procurándose de intento enemigo; otros, trabajado para ganarse la voluntad de los que les parecían sospechosos al principio de su reinado; algunos han construido fortalezas, y otros han destruido las que tenían. Aunque en este asunto no se pueden dar reglas generales, debiéndose tener en cuenta la situación especial en que se encuentra cada estado donde sea preciso tomar alguna de estas determinaciones, sin embargo, lo trataré en el sentido general que la materia requiere.

Jamás ha ocurrido que un príncipe nuevo desarma a sus súbditos; al contrario, si los encontró desarmados los armó; porque así emplean las armas en tu favor, convirtiéndose en fieles los que eran sospechosos, aumentando la fidelidad de los que ya eran leales, y siendo todos, más que súbditos, partidarios tuyos. No es posible armar a todos los súbditos; pero, obligados al príncipe los que reciben armas, ningún temor les inspirarán los inermes. La misma distinción entre unos y otros es garantía de seguridad, pues los primeros te agradecen la preferencia y los segundos la excusan, suponiendo más mérito en los que se exponen a mayor peligro.

En cambio, cuando les desarmas empiezas a ofenderles, probándoles que desconfías de ellos, o por cobardes, o por desleales, y cualquiera de estas dos suposiciones ocasionen malquerencia contra ti. Además, no siendo posible que estés desarmado, acudes a la milicia mercenaria, cuyas condiciones repetidamente hemos dicho, milicia que, aun siendo buena, no lo será tanto que pueda defenderte a la vez de enemigos poderosos y de súbditos de sospechosa fidelidad.

He dicho que los príncipes nuevos procuran siempre armar sus súbditos, y de ejemplos de esta clase está llena la historia. Pero

el que conquista un nuevo estado para unirlo a otro que de antiguo posee, debe desarmar el adquirido, exceptuando solamente a los que durante la conquista, se hayan declarado en su favor. Aun a éstos conviene debilitarlos poco a poco, aprovechando las ocasiones y arreglando las cosas de suerte que la fuerza armada sea únicamente la del antiguo estado.

Acostumbraban a decir aquellos de nuestros antecesores más reputados por su sabiduría, que era necesario para conservar el dominio de Pistoia fomentar las divisiones entre sus habitantes, y para dominar a Pisa las fortalezas. Conforme a esta doctrina alimentaban las discordias en las ciudades para sujetarlas más fácilmente; lo cual podía ser bueno en aquellos tiempos por el estado de fluctuación en que se encontraban todas las cosas en Italia; pero no creo que pueda recomendarse hoy como precepto, porque, en mi opinión, las discordias en los pueblos no ocasionan beneficio alguno: al contrario, las ciudades donde haya bandos se perderán inmediatamente que el enemigo se acerque a ellas, porque el partido más débil buscará apoyo en la fuerza enemiga, y el más fuerte no podrá en tal caso contrarrestarla.

Siguiendo, según creo, los venecianos la citada máxima, alimentaban en las ciudades de sus dominios las rivalidades de las facciones güelfa y gibelina, y aunque no les permitían llegar a las manos, procuraban entretener a los ciudadanos con estas discordias para que no pensaran en algo perjudicial a los dominadores. Los hechos, sin embargo les probaron que nada iban ganando con ello, porque, derrotados en Vaila, uno de los bandos adquirió inmediatamente tal preponderancia, que quitó a Venecia todas sus posesiones de tierra firme.

Arguye, pues, tal política debilidad en el príncipe, pues en un estado fuerte jamás se permitirán tales divisiones, aprovechables sólo en tiempo de paz, por la facilidad con que, mediante ellas, pueden ser gobernados los súbditos; pero peligrosísimas en el de guerra.

La fama de los príncipes aumenta, sin duda, cuando vencen los obstáculos y las contrariedades que se les crean, y por ello la fortuna, cuando quiere dar reputación a un príncipe nuevo, por necesitarla más que uno hereditario, le crea enemigos y le obliga a luchar con ellos, a fin de que tenga ocasión de vencerlos, y subir por la misma escala que ponen a su disposición sus adversarios al más alto grado del poder. Por esto creen muchos que un príncipe sabio, siempre que la ocasión sea propicia, debe procurarse astutamente algunos enemigos para aumentar su crédito y grandeza, veniéndoles.

Los príncipes, especialmente los nuevos, suelen encontrar más fidelidad y mayor celo en los que, al comenzar el reinado, son tenidos por sospechosos, que en aquellos que les inspiraban mayor confianza. Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, prefería para regir su estado a los que le habían sido sospechosos. Pero es difícil dar reglas generales en un asunto que varía según las circunstancias; sólo diré que los hombres enemigos del príncipe, al empezar un reinado, si no pueden vivir sin su apoyo, con grandísima facilidad

podrá ganarlos, sirviéndole con tanta mayor fidelidad cuanto más comprendan la precisión de borrar con sus actos la desconfianza que inspiraban. De esta suerte sacará de ellos el príncipe mayor utilidad que de aquellos en quienes haya tenido siempre gran confianza, y que, por lo mismo, se cuiden poco de su servicio.

Porque la materia lo requiere, no olvidaré recordar a los príncipes que se apoderan de un estado nuevo, mediante el apoyo de algunos de sus habitantes, que estudie bien los motivos impulsores de los que le han hecho este favor, y si no consistieran en afecto natural, sino en su disgusto por el régimen imperante en el estado, difícilmente podrá conservar su amistad, porque es casi imposible que les satisfaga. Teniendo en cuenta numerosos ejemplos antiguos y modernos, resulta que es mucho más fácil ganarse el afecto de los que estaban satisfechos con el régimen anterior, y, por tanto, eran enemigos del príncipe nuevo, que el de los que, por no contentarse con dicho régimen, se convirtieron en sus secuaces y le ayudaron a la conquista.

Es costumbre de los príncipes, para conservar con mayor seguridad sus estados, edificar en ellos fortalezas que sirvan para contener y refrenar a los que intentaran algo contra ellos, y de refugio eficaz en el primer ataque. Alabo el procedimiento, porque se usaba antiguamente; sin embargo, en nuestros días se ha visto a Nicolás Vitelli demoler dos fortalezas en Ciudad del Castillo para asegurar su dominio. Guido de Ubaldo, duque de Urbino, al volver al ducado de donde le había expulsado César Borja, destruyó hasta los cimientos todas las fortalezas, por creer que sin ellas le sería más difícil perderlo de nuevo. Lo mismo hicieron los Bentivoglio al volver a Bolonia. Son pues, las fortalezas útiles o no, según los tiempos, y si por una parte te favorecen, por otra te perjudican. La regla que puede darse consiste en que, si el príncipe tiene más miedo a sus pueblos que a los extranjeros, debe edificar fortalezas; pero si teme más a los extranjeros que a sus súbditos, le conviene prescindir de ellas.

A los Sforza ha causado y causará más perjuicio el castillo de Milán, construido por Francisco Sforza, que cuantos desórdenes han ocurrido en aquel estado. La mejor fortaleza es el afecto de los pueblos, porque por muchas que tengas no te salvarán si te odian tus súbditos, que nunca faltan a los pueblos, cuando se sublevan, extranjeros que les socorran.

En nuestros tiempos no se sabe que las fortalezas hayan sido útiles a ningún príncipe, si se exceptúa a la condesa de Forlì cuando mataron a su esposo el conde Jerónimo, pues gracias a ella pudo librarse de los sublevados y esperar el socorro de Milán para recobrar su estado. Sucedió allí, porque aquellos momentos no eran propicios para que algún extranjero se atreviera a socorrer al pueblo insurreccionado. Pero de poco le valió después cuando César Borja invadió su condado y el pueblo, que no la quería, se unió al invasor. Antes y después le hubiera sido de mayor seguridad el cariño del pueblo que la fortaleza.

En resumen: creo dignos de elogio lo mismo los que hacen fortalezas que los que no las hacen, y de censura los que, fiando en ellas, tengan en poco el afecto de los pueblos.

Capítulo XXI

Qué debe hacer un príncipe para adquirir buena fama

Lo que más contribuye a la estimación de un príncipe son las grandes empresas y los extraordinarios ejemplos de su mérito. Tenemos en nuestros tiempos a Fernando, rey de Aragón y actual rey de España, al cual se le puede llamar príncipe nuevo, porque, de monarca de un estado pequeño, ha llegado a ser, por la fama de sus gloriosas empresas, el primer rey de la cristiandad. Si se consideran sus acciones, veráse que todas son grandísimas y alguna extraordinaria.

Al principio de su reinado conquistó a Granada, y esta empresa fue la base de su poder. Hizo la conquista sin temor ni sospecha de que alguien pudiera impedírsela: distrajo con ella los ánimos de los nobles castellanos, que, pensando en dicha guerra, no intentaban novedades políticas, y mientras tanto el rey iba acrecentando su autoridad a costa de los magnates, sin que éstos se dieran cuenta de ello. Con el dinero de la iglesia y de los pueblos mantuvo el ejército, y aquella larga guerra sirvió de escuela práctica a sus soldados, que posteriormente le han hecho tan glorioso.

Para poder acometer después mayores empresas, sirviéndose siempre de la religión, cometió la piadosa crueldad de expoliar y expulsar de España a los judíos; ejemplo rarísimo y verdaderamente admirable. Con igual pretexto invadió el África, realizó la empresa de Italia, y últimamente ha atacado a Francia, ejecutando siempre cosas grandes que tienen constantemente suspensos y admirados los ánimos de sus súbditos, quienes, preocupados con la eventualidades de tales empresas, no les queda tiempo para intentar nada contra el rey, porque unas a otras se suceden sin interrupción.

También aprovecha al príncipe dar raros y buenos ejemplos en la gobernación interior del principado (como los que se cuentan de Bernabé Visconti, duque de Milán), siempre que se presente ocasión de premiar o castigar de un modo extraordinario a quien haya ejecutado algún acto digno de singular alabanza o vituperio, y el premio o castigo sea de tal índole que deje memoria. Los príncipes procurarán, por consiguiente, que todas sus acciones resulten grandes y famosas.

Merece también aprecio un príncipe cuando es verdadero amigo o verdadero enemigo, es decir, cuando sin reparo alguno se muestra favorable o contrario a alguien; determinación mucho más útil que la de permanecer neutral, porque si dos príncipes poderosos, vecinos tuyos, llegan a las manos, hay que tener en cuenta si el vencedor

te puede o no causar daño. En cualquiera de ambos casos te será siempre útil tomar partido por alguno de ellos e intervenir en la guerra, pues en el primero, si permaneces neutral, serás siempre presa del vencedor con satisfacción y alegría del vencido, y sin que puedas alegar razón alguna que justifique tu conducta y que te defienda del conquistador; porque quien vence no quiere amigos sospechosos que dejen de ayudarle en la adversidad, y el que pierde rechazará tu amistad, por no haber querido protegerle con las armas durante la lucha.

Fue Antioco a Grecia, llamado por los etolios para expulsar a los romanos, y envió embajadores a los aqueos, que eran aliados de Roma, para pedirles que permanecieran neutrales. Por su parte, los romanos les aconsejaban que empuñaran las armas en su favor. Reunidos en asambleas los aqueos y recomendándoles los representantes de Antioco la neutralidad, respondió el legado romano: «En cuanto a lo que se dice de ser excelente y utilísimo a vuestra nación no mezclaros en nuestra guerra, nada es más perjudicial, pues no tomando partido en ella seréis, sin consideración ni respeto alguno, premio del vencedor».

Quien no sea tu amigo te aconsejará siempre la neutralidad, y quien lo sea te pedirá la intervención en la lucha. Los príncipes irresolutos, para esquivar el peligro inmediato, prefieren las más veces ser neutrales, y se pierden. Al contrario: cuando te declaras animosamente en favor de uno de los combatientes, si aquel de quien eres aliado vence, aunque sea poderoso y quedas a su discreción, te está obligado y será tu amigo; no siendo los hombres tan indignos que al ejemplo de tu lealtad contesten con la ingratitud de la opresión. Además, las victorias no son jamás tan decisivas que pueda prescindir el vencedor de todo respeto, especialmente a la justicia. Si el auxiliado por ti pierde en la lucha, queda aliado tuyo; mientras él puede te ayuda, y te conviertes en compañero de su fortuna, que puede cambiar.

En el segundo caso, cuando los combatientes son de tal condición que no puede inspirarte temor el que venza, la prudencia aconseja también que te alíes a uno de ellos, porque causarás la ruina del otro con ayuda de quien, si fuera sabio, debería salvarlo, y el vencedor mismo queda igualmente a disposición tuya que, con tu auxilio, de seguro triunfa.

Obsérvese, pues, que ningún príncipe debe aliarse a otro más poderoso para atacar a un tercero, sino en caso de absoluta necesidad, porque, venciendo, queda a su discreción, cosa que todos deben evitar en cuanto les sea posible. Los venecianos se aliaron a Francia contra el duque de Milán, cuando podían prescindir de esta alianza, que fue su ruina. Pero si no se puede evitar, como sucedió a los florentinos en la época en que el Papa y España enviaron sus ejércitos a invadir la Lombardía, debe el príncipe pactar la alianza, por las razones antes expresadas.

No espere ningún estado tomar en este punto determinación segura, sino muy dudosa, porque en el orden natural de las cosas está que no se procure evitar un inconveniente sin incurrir en

otro; pero la prudencia consiste en saberlos distinguir y adoptar como bueno el menos malo.

También debe el príncipe mostrarse amante de la virtud, honrar a los que sobresalen en cualquier arte, alentar a sus conciudadanos a que ejerzan tranquilamente sus profesiones y oficios, lo mismo en el comercio que en la agricultura, y en todas las demás ocupaciones a que los hombres se dedican, para que no se abstengan unos de mejorar sus fincas por temor a que se las quiten, y otros de abrir nuevas vías al comercio por miedo a los impuestos; muy al contrario, premiará a los que tales cosas quieran realizar, y a cuantos por cualquier camino proyecten el engrandecimiento de su ciudad o de su estado.

Debe, además, en épocas convenientes del año distraer a los pueblos con fiestas y espectáculos, y como los pobladores de todas las ciudades se dividen en gremios de artes y oficios, cuidará de acudir alguna vez a sus juntas y reuniones y de unirse a ellos, dando ejemplos de bondad y de magnificencia; sin rebajar en ningún caso la dignidad de su rango, que siempre ha de mostrarse en cuantas cosas haga y en cuantos asuntos intervenga.

Capítulo XXII

De los secretarios de los príncipes

No carece de importancia para un príncipe la elección de secretario, que es o no es bueno, según la prudencia de su señor. Lo que primeramente sirve para formar juicio del príncipe y de su entendimiento, es ver de qué hombres se rodea, y cuando son capaces y fieles se le tiene por sabio, porque supo escogerlos y sabe mantener su fidelidad. Si son de otra manera, el juicio que se forme del príncipe no le favorecerá.

Cuantos conocían a Antonio de Venafro, ministro de Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, estimaban a éste como hombre prudentísimo a causa del secretario que había elegido. Porque la comprensión humana es de tres clases: unos disciernen por sí mismos, otros comprenden lo que se les demuestra, y otros no entienden por sí ni por ajena demostración. Los primeros son sobresalientes, los segundos buenos, y los terceros inútiles. Si Pandolfo no pertenecía a la primera clase, necesariamente era de la segunda, porque siempre que uno tenga bastante discernimiento para distinguir el bien del mal que otro haga o diga, aunque le falte genio, conoce las obras buenas y las malas del ministro, premia las unas y corrige las otras, y, por su parte, el ministro como no espera poder engañar al príncipe, tiene que portarse bien.

Hay un medio infalible para que el príncipe conozca a su ministro. Cuando le veas pensar más en sí que en ti, y que en todos sus actos procura su utilidad, no es buen ministro ni puedes fiarte de él, porque quien tiene en sus manos la gobernación de un estado jamás debe pensar en sí, sino en el príncipe, ni recordar a éste lo

que no sea propio de su rango. Por su parte, el príncipe, para conservar al ministro bueno, debe honrarlo, enriquecerlo, hacérselo agradecido a fuerza de concederle honores y cargos, para que la abundancia de dignidades y riquezas ocasione que no desee más, y la de cargos le hagan temer algún cambio, comprendiendo que en este caso no los tendría. Cuando los príncipes y los ministros son de esta índole, pueden confiar unos en otros. En distinto caso, las consecuencias serán siempre para aquéllos y éstos perjudiciales.

Capítulo XXIII

Cómo se debe huir de los aduladores

No prescindiré de un punto importante y de un error en el cual fácilmente incurren los príncipes, si no son prudentísimos y no tienen buena elección. Refiérome a los aduladores, tan abundantes en las cortes; porque tanto complace a los hombres que les elogien y de tal modo se engañan, que difícilmente se defienden de esta peste, y si quieren defenderse corren peligro de ser despreciados. El único modo de evitar las adulaciones consiste en que los hombres comprendan que no te ofenden diciéndote la verdad; sin embargo, cuando todos pueden decírtela, te faltan al respeto. De aquí que el príncipe prudente deba adoptar un término medio eligiendo en sus estados hombres sabios, quienes únicamente tengan permiso para decirle la verdad y sólo respecto a lo que les consulte y oiga su opinión determinando después lo que considere más provechosa, y portándose con estos consejeros de modo que todos comprendan lo mucho que le agrada la libertad y franqueza de sus consejos, salvo las críticas de las resoluciones tomadas por tenacidad en la defensa de la opinión propia. Quien obre de otra suerte, o lo pierden los aduladores o, por atender distintos pareceres, cambia frecuentemente de opinión, con descrédito de su persona.

A este propósito presentaré un ejemplo moderno. Decía el clérigo Luc, hablando del actual emperador Maximiliano, su señor, que no se aconsejaba de nadie, ni hacía nada conforme a su propio dictamen; camino completamente opuesto al que acabo de indicar. El emperador es un hombre reservado; a nadie comunica sus proyectos, no pide parecer a nadie; pero como al empezar a realizarlos se descubren y conocen, los que le rodean empiezan también a contradirlos, y entonces los modifica o varia. De aquí que lo hecho en un día lo deshace al siguiente, que no se sepa nunca lo que quiere o proyecta hacer, y que nadie pueda fiar en sus determinaciones.

El príncipe debe aconsejarse siempre; pero cuando él mismo lo desee, y no cuando lo quieran los demás. Le conviene, pues, quitar a éstos la afición a darle consejos que no pida; pero al mismo tiempo pedirlos con largueza y oír pacientemente cuanto a sus preguntas contesten, para que la turbación que el respeto impone no impida a alguno expresar sus opiniones.

Hay quienes suponen que tal o cual príncipe goza fama de prudente, no por serlo, sino merced a los buenos consejos de los que le rodean; pero, sin duda, se engañan por ser regla sin excepción que, si el príncipe no es inteligente, no puede ser bien aconsejado, salvo que la suerte le ponga en manos de un hombre prudentísimo que en realidad gobierne en su nombre. En tal caso el reino estará bien gobernado, pero al príncipe no le durará porque al poco tiempo le será usurpado por el gobernador. El príncipe que no sea sabio, si se aconseja de varios, ni tendrá consejos uniformes, ni sabrá conciliarlos: cada consejero opinará con arreglo a su particular conveniencia, y no podrá distinguir las opiniones aceptables de las que merecen enmienda. Por precisión sucederá así, pues los hombres siempre serán malos si la necesidad no les obliga a ser buenos.

En conclusión: conviene que los buenos consejos, procedan de donde procedan, resulten originales de la prudencia del príncipe, y no que ésta parezca ser resultado de buenos consejos.

Capítulo XXIV

Por qué los príncipes de Italia han perdido sus estados

Bien observadas las precedentes reglas, harán que un príncipe nuevo reine en sus estados con tanta seguridad como si los tuviese por herencia; porque sus actos son mucho más observados que los de uno hereditario, y cuando los súbditos los ven virtuosos, no se atreven contra el soberano; al contrario, les inspira mayor afecto que el príncipe por derecho de sucesión, pues les preocupan mucho más las cosas presentes que las pasadas, y si las presentes son buenas, las aplauden y no buscan variaciones, acudiendo a la defensa del príncipe, mientras observe tan recomendable conducta. De esta suerte logrará la duplicada gloria de fundar una nueva nación, organizándola con nuevas leyes, nuevo ejército, buenos aliados y buenos ejemplos; como es duplicada la vergüenza del que, siendo príncipe de nacimiento, por sus escasa prudencia pierde la soberanía.

Bien examinada la conducta de los señores que en nuestros tiempos han perdido en Italia sus estados, el rey de Nápoles, el duque de Milán y otros, veráse primeramente que todos han cometido el mismo error respecto al ejército, por los motivos que ampliamente hemos explicado, y además que algunos se habían enemistado con sus pueblos o, siéndoles éstos fieles, no supieron contener la ambición de los poderosos; porque sin tales faltas no se pierden estados tan poderosos que pueden mantener un ejército en campaña.

Filipo de Macedonia, no el padre de Alejandro Magno, sino el que fue vencido por Tito Quincio, poseía un estado poco considerable comparado con la grandeza de Roma y de Grecia. Le atacaron los romanos y los griegos, pero era un buen militar; sabía atraerse el afecto del pueblo y dominar a los nobles, y pudo, por tanto, mantener la guerra muchos años contra griegos y romanos.

Si al fin perdió algunas ciudades, quedóle el reino. Pero nuestros príncipes, poseedores durante largos años de sus principados, no deben culpar de haberles perdido a su mala fortuna, sino a su falta de previsión; porque no habiendo pensado, durante la paz, en los cambios que pudieran ocurrir (por ser común defecto de los hombres no cuidarse en la bonanza de la tempestad), cuando llegaron las adversidades, huyeron en vez de defenderse, esperando que los pueblos, fatigados por la insolencia de los vencedores, les volverían a llamar; buena determinación, sin duda, cuando no hay otra; aunque siempre es muy malo dejar, por éste, los demás remedios; que nunca conviene dejarse caer con la esperanza de que otros nos levantará, lo cual no sucede siempre, o si ocurre, es expuesto para el caído, por no serle honrosa la defensa que él no hace. La única, segura y duradera, es la que depende de ti y de tu valor.

Capítulo XXV

De lo que influye la fortuna en las cosas humanas y del modo de contrarrestarlas siendo adversas

Muchos han creído y creen todavía que las cosas de este mundo las dirige la fortuna y Dios, sin ser dado a la prudencia de los hombres hacer que varíen, ni haber para ellas remedio alguno; de suerte que, siendo inútil preocuparse por lo que ha de suceder, lo mejor es abandonarse a la suerte. En nuestra época han acreditado esta opinión los grandes cambios que se han visto y se ven todos los días, superiores a toda humana previsión. Meditando en ellos me han hecho a veces inclinarme algo en favor de esta creencia; sin embargo, como nuestro libre arbitrio existe, creo que de la fortuna dependa la mitad de nuestras acciones, pero que nos deja dirigir la otra mitad o algo menos.

Comparo aquélla con un río de rápida corriente que, cuando sale de madre, inunda la llanura, derriba árboles y casas, arranca terrenos de un sitio y los lleva a otro. Del ímpetu de sus aguas huye todo el mundo, todo cede a su empuje incontrastable, pero esto no impide que al volver a su cauce, los hombres construyan diques y calzadas para precaver, en otras crecidas, las inundaciones y los estragos.

De igual suerte la fortuna demuestra su poder cuando no hay fuerza ordenada que la resista, y con mayor ímpetu donde se sabe que no hay reparo alguno para contrarrestarla. Echando una mirada a Italia, teatro de tantos trastornos por ella misma provocados, se ve que es tierra sin reparos ni defensas, y que si tuviera los convenientes diques, como Alemania, España y Francia, la inundación no hubiese causado tan grandes variaciones y acaso no habría ocurrido.

Como regla general, es bastante lo dicho para contrarrestar la mala fortuna. Viniendo a los casos particulares, digo que no es raro hoy día pasar un príncipe de la prosperidad a la desgracia, sin mudanza alguna en su carácter y fortuna, lo que a mi juicio depende

primero de los motivos antes mencionados, es decir, se arruina cuando aquélla varía. En mi sentir prospera todo el que procede conforme a la condición de los tiempos, y se pierde el que hace lo contrario. Porque se ve a los hombres proceder de muy diverso modo para alcanzar el fin de sus deseos, la gloria y la fortuna; unos con discernimiento, otros sin meditación; unos apelando a la violencia, otros a la astucia; éstos con calma, aquéllos con impaciencia, y por tan diversos caminos se puede lograr. Suele verse también que de dos que siguen la misma vía, uno consigue su objeto, y el otro no; y que uno con calma y arrebatadamente otro, alcanzan de igual modo su propósito; esto depende de que acomoden o no sus procedimientos a la condición de los tiempos. De aquí nace, como he dicho, que dos, obrando de distinto modo, logren igual fin, y de dos que hagan lo mismo, uno consiga su propósito y el otro no: de aquí también resultan las variaciones y la prudencia son buenas, y al príncipe que usa de ellas le aprovechan; pero si los tiempos cambian y él no varía de conducta, se arruina.

Ningún hombre, por prudente que sea, sabe acomodarse a estas variaciones, bien porque no pueda prescindir de sus naturales inclinaciones, bien porque, habiéndole sido siempre provechoso un procedimiento, no se convenza de que le conviene abandonarlo. Además, el calmoso y reflexivo, cuando importa obrar con presteza, no sabe hacerlo y se pierde. Si se pudiera cambiar de naturaleza como cambian los tiempos y las cosas, no se variaría de fortuna.

El papa Julio II procedió siempre impetuosamente y fueron los tiempos y las cosas tan adecuados para esta conducta, que todo le salió bien. Véase si no su primera empresa, la que hizo contra Bolonia en vida de Juan Bentivoglio. No satisfacía a los venecianos; los reyes de España y Francia discutían su oportunidad; pero el Papa, con su acostumbrada energía, emprendió personalmente la expedición, cosa que contuvo a España y a los venecianos, a éstos por miedo y a España por el deseo de apoderarse de todo el reino de Nápoles. Además hizo que le ayudara el rey de Francia, quien, en vista de la determinación del Papa, y deseoso de conservar su amistad para humillar a los venecianos, creyó que no podía negarle el apoyo de sus armas sin inferirle grave ofensa.

Realizó, pues, el Papa Julio, con su impetuoso carácter, lo que ningún otro pontífice con toda la prudencia humana hubiera conseguido, porque si esperara, para salir de Roma, a que todo estuviera bien ordenado y dispuesto, como hubiese hecho cualquier otro papa, la empresa seguramente fracasara; pues el rey de Francia habría alegado mil excusas y los otros le hubieran puesto mil inconvenientes.

No hablaré de los demás actos de Julio II. Todos son idénticos y todos tuvieron buen éxito, impidiéndole la brevedad de la vida conocer la inconstancia de la fortuna; pues si llegan tiempos en que hubiera sido necesario proceder con reflexión y calma, su ruina era segura, a causa de no variar los procedimientos a que su carácter le inclinaba.

En conclusión: variando la fortuna, y empeñados los hombres en no cambiar de conducta, prosperan mientras los tiempos están de

acuerdo con ésta y, en faltando dicha conformidad, se arruinan. Entiendo que es mejor ser atrevido que circunspecto, porque la fortuna es mujer y, para tenerla dominada, es preciso tratarla sin miramiento, demostrando la experiencia que la vence quien la obliga, no quien la respeta. Como mujer, es siempre amiga de la juventud, porque los jóvenes son con ella menos considerados, más vehementes y más audaces.

Capítulo XXVI

Exhortación para librar a Italia de los bárbaros

Meditando en cuanto he dicho y discurriendo si los tiempos actuales son a propósito para que un príncipe nuevo, prudente y virtuoso estableciera nuevas instituciones, honrosas para él y buenas para la generalidad de los hombres, entiendo que concurren tantas cosas en favor de esta excelente empresa, que difícilmente podrá realizarse en época más oportuna. Y si era necesario, como antes dije, para apreciar las dotes de Moisés que el pueblo de Israel estuviera esclavo en Egipto; para conocer la grandeza de ánimo de Ciro que los medos oprimieran a los persas; y para estimar las excelentes condiciones de Teseo, la dispersión en que estaban los atenienses: así al presente para aquilatar el valor de un genio italiano era indispensable que Italia llegase a la triste situación en que hoy se encuentra, siendo más esclava que los hebreos, más sierva que los persas, estando más dispersos sus habitantes que los atenienses; sin jefe, sin organización, batida, saqueada, destrozada, pisoteada, sufriendo toda clase de calamidades. Y aunque al principio pudo esperarse que alguno estaba destinado por Dios para su redención, vióse después que en la mitad de su camino le abandonaba la fortuna, de modo que, casi exámine, espera quien la cure las heridas, ponga término a los saqueos y robos de Lombardía, Nápoles y Toscana, y la libre de las plagas que ha tanto tiempo sufre.

Contémplese a esta desdichada Italia rogando a Dios que le envíe alguno capaz de redimirla de la cruel insolencia de los bárbaros. Véasela resuelta a seguir una bandera con tal que haya quien la enarbole.

Pero de nadie más que de vuestra ilustre Casa, tan favorecida por Dios y por la iglesia, cuya dirección tiene ahora en sus manos, y que posee las virtudes y sabidurías indispensables para las grandes empresas, puede esperar Italia su redención. No le será difícil lograrla estudiando la vida y acciones de los grandes hombres citados, porque si estos hombres extraordinarios no aparecieron con frecuencia, al fin fueron hombres y cualquiera de ellos tuvo ocasión menos propicia que la actual. No ha habido nunca empresa más justa ni más fácil, ni a nadie como a Vos ha protegido Dios. Toda guerra es justa cuando es necesaria, y es legítima la apelación a las armas cuando éstas son el postrer recurso de un pueblo. Las circunstancias son por demás favorables, y cuando la ocasión es oportuna

tuna, la dificultad no es grande, siempre que se sigan los ejemplos que, para tales casos, he citado.

Además, se han visto las extraordinarias señales con que Dios expresa su voluntad: al mar dividir sus aguas, a una nube indicar el camino, brotar agua de una roca y caer maná del cielo. Todo concurre a vuestra grandeza; lo demás, a vos toca hacerlo. Dios no quiere ejecutarlo todo, para dejar a nuestro libre arbitrio la parte de gloria que nos corresponde.

No es de admirar que alguno de los italianos antes citados no haya podido realizar lo que debe esperarse de vuestra ilustre Casa. Si en tantas revoluciones y en tantas guerras como ha sufrido Italia parece aniquilado el valor militar de los italianos, es porque la organización de los ejércitos antiguos no era buena y ninguna ha sabido reformarla. Lo que más fama da a un príncipe nuevo son las leyes e instituciones que establece. Cuando están bien fundadas y responden a grandes necesidades, le hacen digno de toda consideración y respeto; y no faltan cosas que reformar en Italia, porque si la masa de la nación es vigorosa, carece de buenos jefes. En desafíos y en contiendas y debates entre pocos, la superioridad de los italianos en fuerza, destreza e ingenio es notoria; pero, formando ejércitos, para poco o nada sirven, lo cual es culpa de los jefes. Los generales que saben su profesión, y todos creen saberla, son desobedientes, salvo el caso de aparecer alguno tan famoso por su valor y fortuna que los demás se crean obligados a obedecerle. De aquí que, en tantas guerras habidas en Italia durante los últimos veinte años, los ejércitos formados exclusivamente de italianos siempre han probado mal. Así lo demuestran primero la batalla del Taro; después las de Alejandría, Capua, Génova, Vaila, Bolonia y Mestri.

Si, pues, vuestra ilustre Casa quiere seguir las huellas de los hombres célebres que redimieron su patria, le es ante todo indispensable organizar un ejército nacional que sea sólido fundamento para cualquier empresa, porque no es posible que haya mejores ni más fieles soldados; con la particularidad de que siendo cada uno de ellos bueno, todos juntos serán excelentes cuando vean que los manda, mantiene y recompensa su príncipe.

Es, pues, indispensable organizar ejércitos de esta clase para que el valor italiano luche contra los extranjeros; pues aunque la infantería suiza y la española tienen fama de incontrastables, sin embargo, en ambas hay defectos, y otra mejor organizada no sólo podría luchar con ellas, sino luchar con ventaja; porque los españoles no pueden resistir el choque de la caballería y los suizos temen a otra infantería que sea tan tenaz como ellos en la lucha. Así se ha visto y se verá por experiencia que los españoles no resisten el impetu de la caballería francesa y que los suizos son derrotados por la infantería española. Aunque de esto último no se tenga completa experiencia, lo indica un dato tomado de la batalla de Ravena, donde la infantería española combatió con la alemana, organizada de igual modo que los suizos. Aprovechando los españoles la agilidad de sus cuerpos y sus broqueles, penetraron entre las filas de los alemanes, y seguros estaban de acabar con ellos, sin que éstos

pudieran remediarlo, a no librarles el ataque de la caballería francesa, que contuvo a la infantería española.

Conocidos los defectos de las dos organizaciones de infantería antes citada, puede establecerse una nueva que resista a los caballos y no tema a los infantes, sin que esto se deba al empleo de nuevas armas, sino a la mejor organización. Reformas de tal índole son las que aumentan la fama y la grandeza de un príncipe nuevo.

No debe perdonarse esta ocasión de que Italia, al cabo de tanto tiempo, vea aparecer su redentor. Imposible me es decir con cuánto amor, con cuánta efusión le recibirán en todas las provincias que han sufrido las irrupciones extranjeras; cuánta será su sed de venganza, cuán obstinada su fidelidad, cuán abundantes sus lágrimas de agradecimiento. ¿Qué puerta se le cerrará? ¿Qué pueblo le negará la obediencia? ¿Qué envidioso le opondrá dificultades? ¿Qué italiano rehusará obedecerle?

A todos hiede esta dominación de los bárbaros. Acometa, pues, vuestra ilustre Casa esta empresa con el ánimo y la esperanza con que se emprenden todas las que son justas, a fin de que a la sombra de su bandera se ennoblezca nuestra patria, y bajo sus auspicios se realice aquel dicho de Petrarca:

Virtu contra furore
Prenderà Parme; e fia 'l combatter corto:
Che l'antico valore
Negl' italici cor non è ancor morto.